

universo centro

Cualquier cosa, menos quietos

Número 144 Mayo 2025 - Distribución gratuita

www.universocentro.com.co



EL PABLITO PAISA



DIRECCIÓN GENERAL Y FOTOGRAFÍA

— Juan Fernando Ospina

EDICIÓN

— Pascual Gaviria

ASISTENCIA EDITORIAL

— Laura Almanza

COMITÉ EDITORIAL

— Fernando Mora Meléndez

— David Eufrazio Guzmán

— María Isabel Naranjo

— Andrea Aldana

— Santiago Rodas

— Simón Murillo

— Estefanía Carvajal

PRODUCCIÓN EJECUTIVA

— Sandra Barrientos

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

— Manuela García

CORRECCIÓN DE TEXTOS

— Gloria Estrada

MONTAJE WEB

— Laura Almanza

Esta es una publicación de la

Corporación Universo Centro

Distribución gratuita

Número 144 Mayo 2025

Versión impresa - 10 000 ejemplares

EDITORIAL

La expectativa es la droga de los viajes. Las fotos, las promesas de los amigos, la aventura, la permisividad, la perversidad. La vida lejos del foco. Solo con el *zoom* y el filtro propios. Las ciudades se van amoldando a esos pedidos. Se van inflando frente a los deseos por cumplir. Las ciudades con una historia universal, las de enciclopedia, tienen una gran ventaja: sus íconos están plantados hace siglos, nos han rayado el ojo desde siempre, son deslumbrantes a primera vista. Para el descreste o la desilusión.

Otra cosa pasa con las ciudades emergentes en el circuito mundial de variedades. Toca inflarlo todo, mentir con la exageración, arrear virtudes y pecados según los gustos de los visitantes. Atraer es siempre engañar un poco. Pero aquí es imposible mentir con algo de rigor, dejar un poco de verdad, no revocar la realidad completa. Hay que acudir a la caricatura, convertir el paisaje en *souvenir* y no al contrario. Es una inversión perversa pero vendedora.

Medellín está en el límite de esa perversión estética, histórica y social. Su vida se ha transformado de manera radical en veinte años. De la ciudad prohibida, la más asesina del mundo, pasó al culto al mayor artífice de la matanza de los ochentas y noventas: una marca registrada del bandidaje más tramador. Difícil de tragar, teso para la memoria de tanta sangre. Causa cierta tristeza, algo de rabia por ese folclor tan manchado. La pelea está un poco perdida y la ciudad la ha dado de la peor forma.

Pero esa es la memoria y no les podemos pedir conciencia a los espectadores lejanos del patrón del mal. Hablamos es de lo perverso que resulta inflar los atractivos. Al lado de la gentrificación está la ciudad *dummy*. La Comuna 13 es el ejemplo más representativo: Pablo como un trovador al pie de las escalas eléctricas, el Cristo sin redentor con su carriel, las manos gigantes de Karol G a la manera de mirador: “Esto está muy instagrameable”, repiten chicos y grandes. Los grafitis y murales han sido tapados por los toldos de chucherías. Buena parte del torniquete está en manos de los “dueños”. Algo de mafia cierta tiene que haber.

En Guatapé quieren levantar el Cristo más grande del mundo. La desmesura como hazaña, el *Guinness Record* a la fealdad. Una piedra milenaria es suficiente para el ojo de los turistas. Una piedra y una gran represa. Un paisaje. Pero alguien quiere un Cristo de ícono para las fotos. Ensuciarlo todo es una de las tragedias del éxito turístico. También en el abuso sexual y en el turismo de implantes está esa dolorosa extravagancia.

Y qué decir de Provenza, donde los precios son la fantasía. El carro en el lobby de la discoteca de la Bichota, la puerta del bar que abrió Bad Bunny, la esquina donde parqueó Maluma. El catálogo para el abuso que miramos con resignación.

No solo la Comuna 14. Las terrazas de la nororiental, por ejemplo, tienen ahora sus grandes cajas del perro, sus farras al viejo estilo. El helicóptero estrellado en Manrique contó de qué se trata. La ciudad se va plegando a esos apetitos, sigue los gustos, complace la idea televisiva de los turistas, construye la escenografía más vulgar de su tragedia.

Hoy resulta tan tierno El Pueblito Paisa. Tan inofensivo, con esa hermosa escultura de Montecristo en el alto, con su sombrero de utilería y su varita mágica en la misma mano. Con la barbería y la alcaldía infantiles, enanas. Hemos pasado de los tiempos de la maqueta, del pueblo a escala, a la ciudad hinchada, ampulosa. Se acabó la era del diminutivo. ☺



universo
centro

universocentro.com.co

Puede enviar sus colaboraciones a:
universocentro@universocentro.com

ANDRÉS CAICEDO Y HÉCTOR LAVOE: PERFIL DE UNA FOTO

por JUAN FERNANDO RAMÍREZ ARANGO • Fotografía de Archivo particular

El 22 de febrero de 1977 se cruzarían los destinos de dos almas atormentadas: Héctor Lavoe y Andrés Caicedo. Curiosamente, como si eso ya estuviera señalado, Héctor cumplía años el 30 de septiembre y Andrés un día antes, el 29 del mismo mes.

Ese martes 22, “el cantante de los cantantes” se presentaba por primera vez en Colombia, teniendo como sitio de estreno a Buenaventura, por donde entró la salsa a Cali, y Andrés Caicedo, por su parte, comenzaba su conteo regresivo al más allá: le quedaban apenas diez días de vida.

Como dijo su amigo Carlos Mayolo en los documentales *Noche sin fortuna* y *Todo comenzó por el fin*: “La muerte de Andrés Caicedo ya estaba planeada”. Tanto que el día anterior había renunciado a su trabajo de redactor en Nicholls, una agencia de publicidad, aduciendo este motivo kafkiano: “Soy de espíritu sufriente y toda redacción fallida entorpece mi pensamiento”.

Tras esa renuncia irrevocable solo le faltaba concretar dos puntos más para suicidarse: 1. Conocer a su ídolo, Héctor Lavoe. Y 2. Recibir el primer ejemplar de la que sería su única novela, *¡Que viva la música!*, en la fecha pactada, 4 de marzo de 1977, día de su muerte.

Por eso, para lograr el punto 1, Andrés viajó de Cali a Buenaventura en compañía de su novia, Patricia Restrepo, a quien le escribiría una kilométrica carta justo antes de quitarse la vida, la cual iniciaba así: “Con el horror y la expectativa de que esta sea la última carta correspondiente al último día viviendo juntos, después de que a lo largo de dos años he alcanzado un grado de dependencia de tu cuerpo y de tu alma que difícilmente podría haber llegado a imaginar. Te estoy esperando, y hice todas las vueltas de hoy”.

Antes del concierto, Héctor le consagró un ramo de rosas blancas a Chango, símbolo de la alegría de vivir, y le rezó hasta cuando su orquesta ya tocaba los primeros acordes de *Calle Luna*,

cuya sexta estrofa es la versión arrabalera de la renuncia de Andrés: “En los barrios de guapos no se vive tranquilo / Mide bien tus palabras o no vales ni un kilo”.

A medida que avanza la carta, Andrés se va desesperando cada vez más porque Patricia no llega y asume que lo abandonó para siempre. Están en el peor momento de su noviazgo, provocado por un escarceo homosexual con el poeta Harold Alvarado Tenorio: “Patricita, te lo suplico, por favor, créeme, el acto, los movimientos, los gestos que yo hice con HAT no fueron de homosexualismo, yo no soy homosexual. Se me fue contagiando su locura y lo que hice fue para probarle que yo podía hacer cosas mucho más chifladas, mucho más incoherentes, quería pasarlo y confundirlo, y de hecho lo logré, y así me sentí bien”.

El coliseo de Buenaventura estaba tan abarrotado que, para descomprimir al público, tuvieron que abrir las puertas. Andrés estaba ubicado en la zona de periodistas, al parecer se había acreditado por el diario *El Pueblo*, donde era colaborador habitual.

haciendo con ella?”. La respuesta a esa pregunta se encuentra en el documental *Todo comenzó por el fin*: Patricia estaba yendo a reclamar la foto que se habían tomado con Héctor Lavoe en el camerino del coliseo de Buenaventura, “me fui sin decirle nada para atormentarlo”.

Tras interpretar su éxito más reciente: *Periódico de ayer*, Héctor se despidió del público con el primer verso de *Mi Buenaventura*: “Gracias bello puerto del mar”. Curiosamente, luego del funeral, *Periódico de ayer* también fue la canción de despedida que sonó en el Teatro San Fernando antes de que proyectaran *Los olvidados*, última película que programó Andrés para el Cineclub de Cali. Patricia asistió a esa función, era la primera vez que iba sola, sin Andrés, había pasado la noche en vela y se quedó dormida, despertó en la escena de la muerte del Jairo, el protagonista de la película.

Cuando Patricia llegó con la foto, Andrés ya estaba muy mal y le escupió estas últimas palabras: “Me acabo de tomar sesenta seconales, ojalá no se me estalle el cerebro”. Hizo una pausa agónica y le trasladó la culpa con este largo adiós: “Vos me mataste Patri”. Tenía 25 años y 156 días.



desconocido, con Héctor Lavoe entre Patricia Restrepo y un Andrés Caicedo muy sonriente, listo para partir al más allá en diez días, cuando le llegara el primer ejemplar de *¡Que viva la música!*

Posdata 1: Una semana antes de morir, Andrés concedió su única entrevista televisiva, para un programa llamado Páginas de Colcultura, donde dijo, entre otras cosas, lo siguiente: “Se me hace que un libro tan excelente como *La Vorágine* puede ser ya perfectamente reemplazado por las canciones de Héctor Lavoe o de Richie Ray y Bobby Cruz”.

Posdata 2: Dos días antes de morir, o sea el 2 de marzo de 1977, en Las Vallas, un local de moda cuyo eslogan rezaba así: “Vayas donde vayas, nos veremos en Las Vallas”, coincidieron Andrés Caicedo y Héctor Lavoe por última vez. Horas antes Héctor había dado su primer concierto en Cali, en el coliseo Evangelista Mora, y el segundo concierto del día lo daría en ese local. Andrés estaba entre el público, junto a Patricia, de ese encuentro queda otra foto, publicada por la desaparecida revista *Antena*. Esa noche, pese a la insistencia del respetable, Héctor Lavoe no quiso cantar *Ausencia*. Y semanas después cancelaría el resto de la gira del 77, debido a una profunda depresión que lo llevaría a someterse a un tratamiento contra su adicción a la heroína.

Posdata 3: Contradiendo esta frase de Andrés, “Cali no le abre las puertas a los desesperados”, entre noviembre de 1982 y enero de 1983, Héctor Lavoe vivió 71 días en esa ciudad, en un nuevo intento por dejar la heroína. En ese lapso un periodista le preguntó: ¿cuál es la capital de la salsa? Esta fue su respuesta: “De todos los sitios que he visitado en el mundo y donde he actuado, el que me ha comido el corazón y me ha trastornado el cerebro, te diré que es Buenaventura”. Según la prensa de la época, esos 71 días en Cali, Héctor Lavoe los vivió al estilo Andrés Caicedo: “Más de noche que de día”.



Fotografía de Juan Fernando Ospina. 2015.

Elegía a los teléfonos públicos

por JUANGUI ROMERO

Si madre está de pie junto al teléfono de la casa. Un teléfono gris de disco, de los de antes. Sus ojos están enrojecidos. Los míos también han empezado a lagrimear — los ojos, esos medidores naturales del dramatismo—. Los tres llevamos toda la tarde esperando que mi padre vuelva a llamar, lo invocamos sin descanso. “Su papá no demora en marcar, porque las benditas ánimas del purgatorio siempre me le tienen un teléfono público cerquita; ellas no me lo desamparan”. Esa era la letanía que mi madre soltaba una y otra vez mientras miraba el techo, como si la virgen se hubiera aparecido allí. Que se iba a buscar más monedas, eso fue lo último que él le dijo antes de colgar. Lo primero había sido: “Mija, la estoy llamando pa contale que el camión se acostó a dormir”.

Estoy seguro de que mi padre o mi madre —cualquiera de los dos— recordarían con exactitud la fecha y la hora de esta historia; pero esas dos fuentes

ya no están. Sé que era noviembre porque habíamos salido a vacaciones. Y si mi hermano estaba en octavo y yo en quinto de primaria —eso es lo que él asegura—, era 1984. Es decir, diez años antes de la irrupción de los celulares en el país. El año que marcaría el principio del fin de los teléfonos públicos. Porque, en efecto, ni las benditas ánimas del purgatorio, que le tenían plan personalizado a mi madre, lograron salvarlos. Bueno, alguien podría decir que estas los acompañaron durante su larguísima agonía, porque desde entonces estuvieron penando —al menos, los de Medellín— y durante treinta años. El último teléfono público de esta ciudad, ubicado en el parque de La Milagrosa, fue desmontado apenas en marzo de 2024.

Eso es lo que me cuenta Walter Lopera. Un empleado de Tigo que hace poco acordó su retiro anticipado de la compañía. Allí coordinó durante muchos años todo lo referido a los teléfonos públicos. Decir allí es ilusionismo puro, como el que ejecutan los artistas que se cambian de traje delante de los espectadores en un abrir y cerrar de ojos. Porque primero se puso la camiseta de Empresas Públicas, luego la de UNE y después, la de Tigo. “¿Y eso cómo se llama?”, me pregunta de repente. Y ante mi silencio, él mismo se responde: “El negocio, socio”.

Yo soy el periodista, pero él es quien hace más preguntas. Y no contento con eso, cada dos por tres agarra mi libreta de apuntes y dibuja y dibuja con la suficiencia de quien está acostumbrado a delinear los contornos y las formas de las cosas a punta de trazos sueltos. Dibuja la central telefónica, dibuja un primerísimo primer plano del riel por el que circula la moneda dentro del teléfono, dibuja una cabina telefónica igualita a un casco de beisbol... “Ese modelo de cabinas lo inventaron los de Publicidad en la Bolivariana”. Cada dibujo trae su explicación. Es evidente que el pasado laboral es una época a la que le gusta volver. Me tira cifras, marcas, términos ingenieriles. La conversación se acelera hasta adquirir el sonido que producía la caída de las monedas después de que alguien colgaba el teléfono público tras hablar durante mucho rato.

¿Se acuerda de ese sonido?, le pregunto, para poder organizar mis notas. “¡Ese sonido!, ese sonidito dejaba veinticuatro mil millones de pesos o más al año en todo el país, y hace más de veinte años, cuando la plata valía —me replica—. Nosotros teníamos que salir escoltados a recoger las monedas de los teléfonos. Una vez nos atracaron y se llevaron catorce millones de un solo día, haciendo solo una de las rutas que teníamos en Medellín”. Su histrionismo es tal, que no para de llevarse una mano y luego la otra a cada oreja, cambiando cada segundo esas bocinas imaginarias. Solo se detiene cuando le digo: “La gallina llenando el buche de peso en peso”. Pero cada frase mía lo activa aún más. Walter funciona como los primeros teléfonos públicos, por impulsos; una pausa de unos segundos mientras entra la llamada, y a hablar se dijo.

“Pero no era una gallina, eran miles de gallinas. Aquí en toda el área metropolitana y en los municipios del oriente cercano llegó a haber 12 500 teléfonos públicos. Solo en el Centro de esta ciudad teníamos dos mil. Nosotros pusimos teléfonos en los grandes almacenes, en los batallones, en los centros comerciales, en los colegios públicos y privados, en los hospitales... En la Universidad de Antioquia, año 83, teníamos 32 teléfonos públicos; en las cárceles había cinco teléfonos por patio, eso sí, los manejaban los caciques, esos eran los mejor cuidados. ¿Por qué?”, me pregunta. Porque ese era el negocio, socio, le digo. Pero nada, esa llamada no entró; sigue de largo. “Porque, óigame

bien, los teléfonos públicos fueron concebidos como un servicio u-ni-ver-sal de co-mu-ni-ca-ción pú-bli-ca, de consumo al paso, para los transeúntes. Un servicio pú-bli-co...”, me repite, mientras se inclina hacia adelante, como si él fuera quien necesitara oír algo importante y no quien lo va a contar. “La norma del Ministerio de Comunicaciones era muy clara: tres teléfonos por cada mil habitantes, eso era nor-ma”. Remarca esta última palabra, y cuelga.

Si el tema fuera solo de cifras, de indicadores de cobertura, del nunca bien vilipendiado promedio que casi siempre lo oscurece todo, hoy deberíamos celebrar que en nuestro país el número de celulares supera el de habitantes. Porque según los registros hay 77 millones de teléfonos activos y cerca de 53 millones de colombianos. Los números más recientes de una línea de tiempo que está llena de paréntesis si pensamos en los costos de los celulares, en su vertiginosa obsolescencia, en los planes que nos han puesto a caminar tras ellos como bueyes caninos, en la tortuosa muerte de las líneas fijas, en esas empresas que se apoderaron del mercado, logrando incluso desplazar a esas bandas criminales que décadas atrás se inventaron a los chalequeros, esos personajes que resultaron fugaces, esos hombres y mujeres que mantenían vestidos de la mañana a la noche con un único menaje en el pecho y también en la espalda: Llamadas a todo operador. Walter me cuenta que quienes manejaban ese negocio llegaron a pagarles a los habitantes de calle para que dañaran los teléfonos públicos cuando estos por fin se pudieron conectar con los celulares. ¡Ánimas del purgatorio, que Dios los saque de penas y los lleve a descansar!

Cuando el camión de mi padre perdió los frenos aquella vez, cerca del municipio de Yarumal, los vecinos terminaron invadiendo la casa. Mi madre, desesperada, empezó a llamarlos al ver que mi padre no volvía a comunicarse. Pero en vez de sentirnos más acompañados, nos volvimos cada vez más inseguros. Especialmente, cuando Martín, el sastre del barrio, destapó una granada en plena sala: “Si don Guillermo no ha vuelto a llamar es porque le robaron el carro y lo pusieron a decir que se había volcado,

para eso sirven esos teléfonos públicos”. Después de la explosión de semejante conjetura, mi madre, las tías, sus grandes amigas y todos los vecinos redoblaron los rezos. Mi hermano y yo no tuvimos otra opción que hacernos tan adultos como ellos y seguir sus oraciones.

“Nunca sabes quién responderá al otro lado del teléfono público. Podría ser Dios, o tu peor pesadilla”, escribió Paul Auster en su libro *Ciudad de Cristal*. Una frase que hoy me sirve para visitar tantos años después aquella escena, y también para que Walter me cuente cuántas cosas malas se hacían a través de los teléfonos públicos. “Eso era lo mismo que ocurre hoy con los celulares, que son tan sueltos con ese tema de las *sim card* y las extorsiones y demás. En



Fotografía de Gabriel Carvajal Pérez. Archivo BPP, 1968.



Fotografía de Gabriel Carvajal Pérez. Archivo BPP, 1970.

esa época se utilizaron muchos teléfonos públicos en secuestros... Cuando ya empezaron a recibir llamadas, la gente metía cheques chimbos y daban esos números para que alguien los confirmara. Nos tocó quitar los teléfonos que habíamos puesto en los CAI de la policía cuando Pablo Escobar le puso precio a la cabeza de cada agente. Y nosotros los habíamos puesto ahí para que las

personas que tuvieran algún problema pudieran llamar a sus casas o al que necesitaban, pero empezaron a poner paquetes bombas ahí, de todo”.

Los teléfonos públicos, testigos excepcionales de tantas historias en esta ciudad; los teléfonos amigos, decía su mejor publicidad. Cuántas personas los abrazaron durante esas seis décadas en las que estuvieron ahí, escuchando todo tipo de confesiones sin perder jamás su expresión pétrea, por más que les pegaran, los rayaran y hasta orinaran en ellos. Walter dice que el primer teléfono público de Medellín fue tipo *in door*. Es decir, un teléfono monedero instalado a comienzos de los sesenta, puertas adentro del café-bar Capitán López. Un sitio ubicado en los bajos del edificio Emialvarez, una construcción que fue demolida para hacer la Plaza Botero. Y de ahí estos saltaron a las calles, primero a las del Centro, pensando en la dinámica comercial de la ciudad, concentrada por aquel entonces en esta zona; luego, a los parques de los barrios, a los interiores de los sitios de mayor concurrencia y finalmente a las zonas periféricas y a los corregimientos de la ciudad; a los municipios, a sus veredas, donde llegaron a ser gratuitos y, además, recibían llamadas.

“Yo llegué a ir a Teleantioquia muchas veces, porque la gente empezó a mandar cartas y cartas pidiendo que les instalaran un teléfono público en los barrios de invasión, en las veredas. Muchos concejales los volvieron su promesa estrella, porque la gente los necesitaba para esperar la llamada de confirmación de las referencias laborales que habían dado en una entrevista de trabajo; las señoras que arreglaban ropa o casas, la llamada de las patronas; las llamadas desde los hospitales para saber cómo iban los familiares enfermos... Eso se hacían tremendas filas”, recuerda Walter, mientras espera —su rostro sonriente así lo sugiere— que yo le diga algo sobre las innumerables bondades de los teléfonos públicos; finalmente me pide con determinación que no me vaya a quedar solo con las cosas negativas.

Perro mundo, así se llamaba una de las secciones del radioperiódico Clarín. La del 15 de enero de 1965 se tituló justamente “Los novios del barrio ocupan hasta una hora el único teléfono público del sector”. Un curioso relato que narraba lo que sucedía en el barrio Pedregal, y que tal como se puede leer en los libretos que se conservan de este noticiero en el Archivo Histórico de Medellín, terminaba así: “...se espera que los directivos de las Empresas Públicas tomen medidas para corregir la anomalía; o en caso de esto hacerse imposible, ordenen la colocación de un taburete cerca del teléfono público”. Clarín dice lo que otros callan, ese era el eslogan de este noticiero radial que se emitió entre 1959 y 1988, bajo la dirección de Miguel Zapata Restrepo, un famoso periodista al que todos llamaban Miguel Lenguas.

Si los teléfonos públicos hicieran lo que pregonaba este desaparecido noticiero radial, si hoy revivieran para contar todo lo que se han guardado sabríamos, por ejemplo, qué le contestó la mamá a Mónica, la niña más pequeña de *La vendedora de rosas*, cuando esta la llamó desde un teléfono público, la víspera de Nochebuena. “Es que usted no tenía por qué pegarme así por una hijueputa grabadora (silencio). Yo mañana voy a ir por la ropa, y voy a descansar de usted y de esa otra boba”. Si eso pasara, también sabríamos qué cosa murmuró mi padre antes de colgar el día del accidente, y entenderíamos que no volvió a llamar porque se sentía fracasado. Solo unos meses antes había latoneado y pintado el carro, eso fue lo que repitió y repitió delante de todos cuando apareció casi al final de la noche montado en una grúa que traía



Fotografía de Horacio Gil Ochoa. Archivo BPP, 1968.



Fotografía de Gabriel Carvajal Pérez. Archivo BPP, 1969.

arrastrado el camión, todo carearrugado, así como estaba él.

Mi hermano, quien heredó el oficio de camionero de mi padre, me cuenta que ha visto en muchas fincas las cabinas de fibra de vidrio de los desaparecidos teléfonos públicos, convertidas ahora en bebederos para el ganado. Los novillos con sus cabezas ahí metidas resignificando el eslogan de UNE, siempre impreso en el lateral de la estructura: Mejor juntos. Una escena digna de recrearse en cualquiera de nuestros museos, en cualquier parque, porque muy pocas podrían sintetizar de mejor manera la historia de esta ciudad, próxima a celebrar, este 2 de noviembre sus primeros 350 años. ©

Conoce nuestro nuevo libro Rituales

Repeticiones para que el tiempo se demore

Confiar en la cultura
siempre dará ganancias



Conoce
nuestra línea
editorial y deja
que tu mente
sea libre



confiar[®]
coop

MILONGA DESCONECTADA PARA UN TELÉFONO PÚBLICO

por FERNANDO MORA MELÉNDEZ •
Ilustración de Mariana Parra

El 23 de mayo de 2022 la ciudad de Nueva York removió el último teléfono público ubicado en el número 745 de la Séptima Avenida. En el ritual de despedida los peatones vieron la grúa que levantaba una cabina rumbo al Museo Metropolitano donde días después se instalaría la exposición *Ciudad Analógica*, junto con otras antiguallas de una era que ya no era, superada por artefactos menos aparatosos e inteligentes. Y mientras en Londres también conservaron catorce de las icónicas cabinas rojas, en otras ciudades los teléfonos de monedero han tenido un largo adiós y prefieren morir de pie como los héroes. Aun sin tono, sostienen en sus cabinas avisos de plomería, se alquila pieza o la foto de un can perdido. Aun sin inteligencia, soportan firmas ininteligibles con las que el aprendiz de grafitero marca territorio.

De este aparato se hablará mientras haya gente que recuerde la última vez que habló por una bocina pública, tal vez esquivando el ámbito doméstico para hacer una confidencia, acordar una cita con alguien de dudosa calaña o hacer las paces con un amor furtivo. Quién sabe adónde habrán ido todas esas llamadas, a algún limbo, porque “nada se pierde, dulce ser”, como dice Durrell, ni siquiera la palabra no dicha. Y habrá también quien lance su teoría: que en aquellas épocas, cuando el minuto valía cien

pesos, la gente hablaba lo justo o decía menos con más. Tampoco faltará el que elogie la telefonía con hilos, y pele el cobre romántico al preferir el hilo a las celdas, quizás un poeta, como Pedro Salinas, tan afecto a hablar del teléfono en sus versos.

Estabas muy cerca. Solo nos separaban diez ríos
tres idiomas, dos fronteras
cuatro días de ti a mí.
Pero tú te me acercabas
(...) Sonriendo en el alambre.
Por el alambre, en la noche,
sin ver nada, te acercabas,
a oscuras, derecha, a mí.
Me decías: “Aquí estoy”.
Aquí.
Me llegabas,
en alambre, por tu voz.

En cuanto a sus parientes de ciudad, el teléfono público es más inteligente que el hidrante, menos ladino que la máquina tragaperras y más útil que un policía acostado. Si en muchas ciudades era un azar encontrar uno bueno, es justo aclarar que no sería porque estuvieran mal hechos sino porque desde que llegaron fueron el blanco de los inciviles que los atacaban para vaciarles sus monederos.

Las nueve mil cabinas de Medellín florecían desde las laderas hasta las autopistas como anturios empolvados. En la estampa de barrio con luna de neón los hablantes hacían fila mientras

contaban la menuda disponible para echarle a la máquina. Para hacerse escuchar entre el ruido de la calle, el usuario alzaba la voz, de modo que toda la fila se enteraba del asunto menos quien estaba al otro lado de la línea. Todo lo humano y lo divino debió pasar por el mugriento auricular.

Arqueólogos del futuro que hurguen en los mecanismos, lamentarán no poder oír el vocinglerío, los murmullos triviales de esa banda sonora que es la historia perdida de una urbe.

Cuando se declara la obsolescencia atrás quedan los hábitos que nos unían a ese invento, las manías y disparates, como ese de creer que al pasar por una cabina oírías el timbre, descolgabas y alguien te llamaba por tu nombre. No era un mito urbano, según se sabe, los teléfonos públicos tenían un número secreto que solo podían saber los técnicos de turno. El trebejo se niega a ser olvidado, como esas llamadas que insisten en timbrar a un número aun sabiendo que es equivocado.

También la memoria marca números al azar e intenta rescatar esas voces atrapadas en alguna bocina: un camionero secuestrado en San Luis, Antioquia, llamó a su familia desde una cabina a orilla de la autopista, les dijo que estaba ileso, que jugaba billar con sus captores mientras ellos esperaban el pago de la venta del camión para liberarlo. En cuanto su esposa se negó a creer, él le pasó el teléfono al secuestrador, quien en tono afable confirmó la versión.



Un sábado por la noche, un compañero de trabajo me llamó de una cabina de la 80. El día anterior habíamos ido de copas y ahora, en un rapto depresivo, llamaba para despedirse y agradecerme los buenos ratos. Cuando le pregunté si era que iba a renunciar dijo que no, que se iba a suicidar. Por suerte, no cumplió su promesa. Y esa llamada se convirtió en un rito agobiante que alguno de sus cuates tenía que soportar cada cierto tiempo.

Cuentan los que han rastreado los ecos telefónicos que el primer aparato público se instaló en Medellín en 1965 y fue en un bar de Carabobo que se llamaba Capitán López. Tal parece que el monedero de veinte centavos no daba abasto para tanto curioso con ganas de probar la bocina, así que hubo que instalar más carcacas en otros locales. Pero como los negocios cerraban a las diez, los bohemios puros que querían estirar noche no tenían de donde llamar, una línea en casa era un lujo destinado a unos pocos abonados. Luego, en los setenta, la red se extendió a colegios, cuarteles, al aeropuerto y los barrios de la periferia. Llamar por un público era un gesto tan habitual que se repetía el dicho: “Eso es tan sencillo como hablar por teléfono”.

Y cuando en su pantalla se leía: “Solo llamadas de emergencia”, nadie entendía, pues todas lo eran: un amor que agoniza, una tarea escolar que no da espera, un chisme fresco que debe contarse antes de que enmuestie, un préstamo inmediato, o el deseo de oír al padre en reclusión. Son urgentes tanto las penas del corazón como las penurias del bolsillo.

Otro desplante era cuando, en medio de la densidad excitante de un diálogo, la llamada se cortaba con un pito intermitente que anunciaba el *coitus interruptus*. En su desolación, cuánto daría el hablante por escuchar la voz al otro lado de la línea. Con razón dijo Cobo Borda que: “Los amantes se llaman por teléfono para escuchar, tan sólo, su propia respiración”.

Antes de que los celulares las desplazaran, las cabinas de monedero ya eran presa de los vándalos que destruían su carcasa para robar unas cuantas rupias, como San Agustín, cuando saqueaba las alcancías de los lampadarios. Sin actos de contrición, como el santo de Hipona, los robacabinas las dejaban sin blanca y sin tono. Con un monedero repleto, los teléfonos eran un botón para la indigencia armada de destornilladores y hasta de barras para romper los aparatos. No había metal que resistiera una noche de minería callejera.

Cuando los técnicos que velaban por la salud de los teléfonos cuentan las astucias de los dañinos ladrones, la lista de mañas llenaría las páginas amarillas de un viejo directorio. Alambres, púas y ganzúas hacían parte del kit mínimo para pescar las monedas que se rebosaban. El arte más ingenioso consistía en bloquear el

paso de la menuda a la alcancía con trozos de plástico y luego acceder a la cascada de ochavos, como quien se burla de la suerte esquivada de una máquina tragaperras. La telefónica municipal también debía hacer jugadas contra la agresión cotidiana de los bárbaros. De los teléfonos de aluminio se pasó a los de antimonio y luego a los de acero, hechos en Japón, Suecia e Inglaterra.

Con la llegada de diciembre, una tropa brava metía tacos de pólvora y papeletas en las trampillas de salida de las monedas. El efecto amplificado de la explosión se oía a la cuadra y provocaba un éxtasis grato a la tribu. Aquel rito pasajero de juerga que dejaba más esquinas sin líneas, según se supo luego, era común en Inglaterra donde las hordas de *hooligans* además los rociaban con cerveza sacrificial. Por eso los ingleses de la empresa GPT inventaron el teléfono *anti-hooligan* que se importó a Medellín a finales de los ochenta.

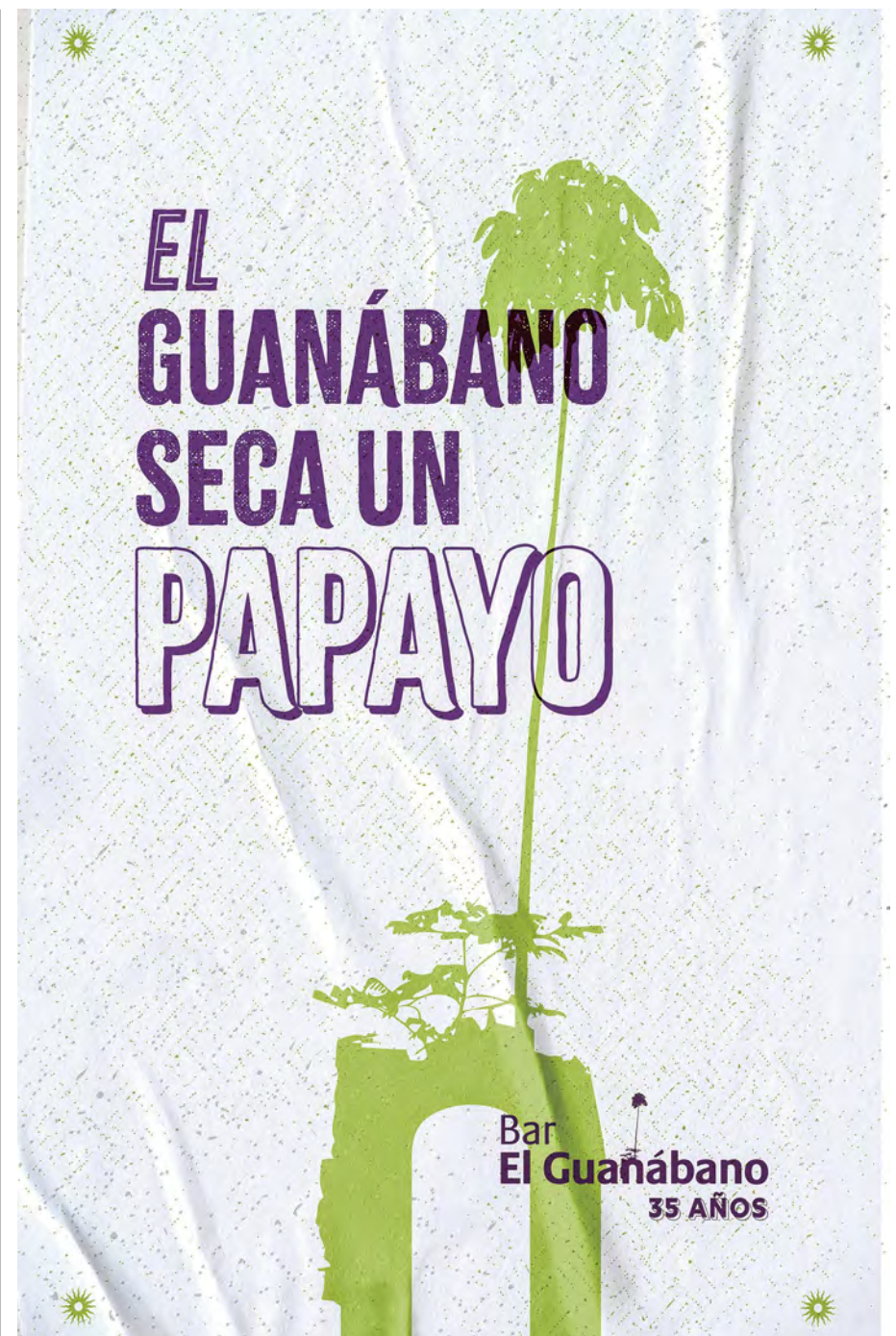
Los empleados que hacían la ronda de recaudo encontraban las más variadas formas de monedas falsas, desde redondeles de pasta o cuero, hasta arandelas con las que engañaban el sensor electromecánico. De aquellos trucos, uno memorable fue la moneda perforada que ataban a una pita y, después de cumplir el minuto de la llamada, la volvían a sacar de la recámara para llamar a su antojo.

Para reparar los estropicios que dejaban los robos de los monederos había que destinar cuadrillas de operarios e importar piezas, una labor tan costosa que hizo preferible dejarlos gratuitos. En las colinas más altas esta era la única forma de hablar con el resto del valle porque además tenían un número a la vista para recibir llamadas. Edgar Quiróz recuerda que era común, por ejemplo, que alguien gritara el nombre de una señora, una que esperaba el aviso de su patrona para bajar a hacer los destinos domésticos.

En las laderas de la parte alta-abajo, como dijo Helí Ramírez, se podía conversar con gentes de la montaña de enfrente, bajo estrellas y chicharras encendidas. También pasaba que una charla íntima se filtrara en medio de la de uno. Y eran las voces de aquellos que robaban línea de una cabina para llamar desde su casa (Las palabras van al aire y las lágrimas al mar, pero esas voces del fraude, dime Nena, ¿adónde van?).

Quien llamaba con una moneda de doscientos esperaba en un acto de fe, que el teléfono le devolviera. Sin excepción, las máquinas eran brutas y ninguna daba vueltos. Un usuario, al sentirse robado, se transformaba en vándalo de ocasión, el mismo que agarraba a golpes la caja telefónica hasta ver escupir, de madrugada, el vil metal.

Después de un tiempo, cuando las gasolineras sean ruinas prehistóricas, el teléfono público será una callada reliquia, cual estatua de la Isla de Pascua. ©



“El obispo de Roma, Francisco, regresó a la casa del Padre”, así anunció el Vaticano la muerte del papa. Enseguida, llegaron las reacciones habituales. Políticos, religiosos, opinadores, todos lamentaron la pérdida del hombre bueno, del líder justo, del amado. A mí, que alguna vez me interesó ser cura y terminé alejado definitivamente de todas las iglesias, me pareció más inesperada, y quizá por eso, más genuina, la respuesta de los menos o los nada espirituales. Mis redes, físicas y virtuales, se llenaron con una conmoción que me parecía difícil de entender y que me sorprendió. La escritora Mariana Enríquez anotó algo similar en su columna: “Gente que jamás hubiese imaginado que podría siquiera respetar a un papa le tenía afecto. Me incluyo”.

En el mundo de las deportaciones masivas, de la crisis climática y el regreso del fascismo más rampante, Francisco tenía un mensaje a contrapelo que invitaba a defender la dignidad de la vida; la del palestino y el disidente sexual, la del migrante, la de los animales y plantas en la “casa común”, la del débil y el humilde, la vida toda. Más allá de lo obvio, me parece que hay algo que dejamos de lado cuando nos quedamos con el consenso del “papa chévere”, algo que nos alcanza incluso fuera de la iglesia, que tiene que ver con nuestros cuerpos y con la forma en que negociamos las ausencias.

A puertas cerradas, después de la misa

Según datos del Vaticano, al igual que en Argentina y Paraguay, en Colombia más del noventa por ciento de la población fue bautizada en la iglesia católica. Menos frecuente es tomar la decisión de volverse religioso. En un especial sobre la crisis de vocaciones en la iglesia, *El Tiempo* decía que en 2023 había 6725 sacerdotes en todo el país. Si llenamos un estadio con diez mil colombianos, solo uno sería cura católico.

Cuando era niña, Yeye, que me pidió que no la llamara por su nombre, vivía en una casa que se caía a pedazos. Las monjas de la congregación del Buen Pastor, que tenían una relación cercana con su madre, le abrieron las puertas en un lugar que tenían disponible, al lado de la cárcel de mujeres y conectado en su parte posterior con la iglesia de Fátima, en Pasto.

Como un paso natural en la vida que ya tenía, Yeye comenzó el proceso para volverse monja. “Te vas a enamorar de Jesús y tú vas a ser de él”, le decían a esa

niña que se convertiría en esposa de un ser absolutamente superior al resto de los hombres. Así, con la ilusión de quien persigue la promesa del amado, Yeye dejó su casa y su ciudad a los dieciséis.

Dos años después, estaba lavando los platos en los que había comido con sus hermanas cuando llegaron con la noticia de que Cristina, la mentora de Yeye durante la primera parte de su proceso, había dejado la comunidad para casarse con un profesor del colegio de las monjas. “A mí me tronó la fe y la vocación”, cuenta Yeye, que añadía una más a su lista de desilusiones.

“Yo era una niña de contextura gruesa. Siempre fui más tosquita, más anchita que el resto, entonces cuando me fui al convento me dijeron: ‘Tienes que bajar de peso porque las bethlemitas no somos gordas, las bethlemitas somos elegantes’”, dice. Al trato diferencial en la dieta se sumaba el de “la mancha del pecado”. Yeye había nacido fuera del matrimonio y para entrar en la comunidad tuvo que conseguir un permiso especial de la madre superiora. “Me decían, ‘para ti va a ser más duro, vas a tener que dar más’” y fue tan así que tras acumular abusos e insinuaciones de sus superiores, el retiro de Cristina acabó con las fuerzas con las que había contenido todo.

Nacer dentro del catolicismo pone a muchos en un camino por el que se baja en piloto automático. Para Yeye, la decisión consciente de entrar en una comunidad fue “entender qué pasa cuando la misa se acaba y se cierran las puertas de la iglesia”. La ruptura también viene de estrellarse con un dogma.

El lugar de la mujer dentro de la jerarquía de la iglesia, lo que se permite

y no se permite en términos sexuales, la idea de que un sacerdote es como un extraterrestre al que se debe obedecer porque tiene la verdad, todo hace parte del cuerpo de doctrina que, sin estar completamente convencido, Juan Carlos Merchán tendría que defender desde el púlpito.

El proceso para convertirse en jesuita es largo y cuando le faltaba un año para volverse diácono y otros seis meses para ordenarse presbítero y poder —al fin— dar misa, Juan Carlos dejó la Compañía de Jesús. Habían pasado trece años desde que entró.

Al contrario de Yeye, Juan Carlos tiene buenos recuerdos de su comunidad y las personas con que entró. El problema vino cuando los miembros de ese grupo extraordinario empezaron a retirarse uno a uno. “La vida en comunidad tiene cosas muy especiales y muy bonitas de apoyo mutuo, pero siento que muchas veces eso se va enfriando y es necesario que uno se acostumbre a cierto individualismo y cierta soledad”, dice.

La tusa eterna de la experiencia mística

“Tenía un confesor, un sacerdote que me dijo un día ‘cuando tú te casas o cuando tú te enamoras de Jesús, nunca dejas de ser de Él’”, cuenta Yeye, quien, desde que dejó la vida religiosa, no ha tenido suerte en el amor. Hoy es veterinaria y a pesar de haber encontrado en la naturaleza y la mirada de los animales la presencia divina que había perdido en el amado, describe su situación como “una tusa eterna”.

El teólogo Michel de Certeau habla de los místicos de los siglos XVI y XVII como personas que reaccionan a una ausencia similar a la que siente Yeye. Entre la fe y el erotismo, hay santos de la iglesia como Teresa de Ávila y Juan de la Cruz que, de la forma más literal, fueron tocados por un amado que es el universo todo y se pasaron la vida tratando de describir, con poesía y con sus actos, ese encuentro con el amante que ya no está, o al menos no de la forma en la que estuvo presente en el instante que los transformó.

Hace años yo era un muchacho de provincia que estudiaba en Bogotá y como le pasa a mucha gente que hace ese tipo de viaje, todo se hacía más liviano gracias a quienes habían llegado antes. Hacía años, una prima de mi mamá vivía en la ciudad, enseñaba en un colegio y había conocido un argentino en un chat de Yahoo. Se había casado con él y juntos construimos algo así como una familia de campaña.

En 2016, la prima de mi mamá, mi otra mamá, se murió de un cáncer agresivo y pocos meses después, Alfredo, el argentino de internet, se murió también, con el corazón roto.

En una de esas noches larguísimas, en las que me despertaba y lloraba desbordado, me senté en el filo de la cama y sentí algo que no alcanza a explicarse con palabras. Me abrazaron. Algo que me abarcaba por completo, algo que se sentía cierto en medio de la noche medio amor y consuelo. Hay estimulantes químicos que te despiertan, que te adormecen, incluso los hay para sentir el frenesí de los amantes o un embotamiento momentáneo en que el mundo y el cuerpo se dilatan y te da una risa entre pen-deja y desesperada. Sé cómo se siente todo eso y por eso creo que lo de esa noche fue otra cosa.

Por primera vez en mucho tiempo me sentí mejor y en compañía de mis muertos. El paso lógico, pensaba —a pesar de haber renegado de los curas toda la vida—, era volverme uno.

El experimento duró poco. Por unos meses fui a la Casa de Discernimiento Vocacional de los jesuitas, cerca del Parque Nacional. Allí me tuve que entrevistar con un padre que se llamaba Virgilio,

como el poeta que guía a Dante por Infierno y Purgatorio. Le conté lo que me había pasado y le dije que quería dedicar mi vida al servicio. Virgilio, que seguro veía con más calma mi recién hallada vocación, contestó: “Hay muchas formas de hacer eso”.

Aunque nunca vi nada sustantivo, siempre tuve la sensación de que, salvo alguna excepción notable, los jóvenes que estaban empezando su proceso conmigo, más que volverse curas, querían tramitar de una forma más o menos segura cuestiones relacionadas con su orientación sexual, aspiraciones sociales o alguna tensión con sus familias. Yo mismo estaba buscando un atajo para no hacerme cargo de mi duelo.

La lengua materna de Dios

Al poco tiempo de cerrar ese capítulo, mientras trabajaba para *El Espectador*, conocí a un cura de la región portuguesa de Madeira que había publicado una antología con su poesía traducida al español. Mentiría si dijera que en los últimos ocho años el nombre José Tolentino Mendonça me pasó por la cabeza más de dos veces, tal vez, antes o después de una mudanza, al encontrar y olvidar rápidamente alguno de sus libros; quizá, de repente, un día, atacado por la imagen de su apellido mal escrito en la nota que hice sobre él para el periódico.

En todo caso, desde la mañana en que recibí el mensaje de un amigo que me preguntaba si ya había visto quién estaba en las listas para suceder a Francisco, comprobé que Tolentino era, según periodistas en España y Gran Bretaña, uno de los cardenales con más opciones en el cónclave.

Tolentino recoge la lectura que hace De Certeau, no solo al escribir poesía mística, sino al sostener que la fe, lejos de ocurrir en una región espiritual, es una experiencia de los sentidos. “El cuerpo es la lengua materna de Dios”, dice Tolentino que, muy en la onda del papa Francisco, también decía que nada de lo humano le era ajeno. Tal vez por eso escribió poemas en los que Patti Smith explica el *Cantar de los cantares*. En los versos del hoy prefecto del Dicasterio para la Cultura y la Educación en el Vaticano, aparecen baños de bar donde el desinfectante delata “cómo se borran / los vestigios del amor” y un Dios casto que se deja consumir “con la pasión insultante / de los libertinos”.

Aquella vez, Tolentino me habló de su familia de pescadores, de su abuelo que figura como cazador de ballenas en una adaptación olvidada de *Moby Dick* y de la visión de un hombre asesinado en Angola que lo acompañaba desde niño. Para ese día de 2017, Tolentino ya había escrito casi una docena de poemarios y desde entonces le ha sumado a esa obra libros de teología y decenas de columnas de opinión.

Hay mucho fuego en los poemas de Tolentino, y yo, que escribo esto en pantalla paralela con el humo blanco del cónclave, creo que habría sido una exageración que después de un argentino, la iglesia eligiera un *rockstar* como papa.

Al margen de lo que pueda venir con León XIV, creo que el cuerpo es clave para entender la sensación de pérdida que quedó en el aire con la partida de Francisco. Más que vivir con la muerte asegurada, tener cuerpo es la posibilidad de encontrarnos con un misterio que nos sobrepasa. No hace falta caber en ninguna iglesia para saber eso, tampoco es necesario ser religioso para entender que el cuerpo es frágil y que todo lo vivo necesita de otro y sus cuidados. Frágiles y dignos estamos todos, arropados en una universalidad que se le escapa entre los dedos a cualquier emperador, pero a la que sí pueden señalar los poetas y el papa de los pobres. ☺

La muerte del papa mostró que su mensaje llegó más allá de los muros de la iglesia. Quienes nos hemos alejado de esa institución podemos encontrar el motivo en nuestro propio cuerpo.

LA NOSTALGIA DEL TODO Y EL PAPA DEL FIN DEL MUNDO

por MATEO GUERRERO •
Ilustración de Jenny Giraldo García



Tres amigas de travesía por México

por RICARDO ARICAPA • Ilustraciones de Camila López



Hace ya un buen tiempo que Medellín dejó atrás su vocación fabril para enrumbarse como ciudad de servicios y emprendimientos, entre estos, cómo no, los emprendimientos de servicios sexuales, cuya gama es amplia y su peso específico es hartamente sensible en el empleo y la generación de ingresos, y por ende en el PIB de la ciudad ya reconocida como referente internacional en este rubro tanto para consumo interno como para la exportación.

De eso trata esta crónica: del sexo paisa tipo exportación. Cuenta cómo les fue a tres mujeres de Medellín, amigas de la infancia, quienes, en busca de salir de sus fugas económicas por una vía rápida y azarosa, en el mes de marzo de 2024 resolvieron irse juntas para México, donde el servicio se cotiza mucho mejor que en Medellín y además les favorece el factor marca país, esto es, el solo hecho de ser colombianas y aún más ser de Medellín.

Las tres amigas

Las llamaremos Sofía, Yurani y Valentina. Todas solteras y sin hijos, veinteañeras, vecinas del mismo barrio y decididamente atractivas las tres, sobre todo Yurani, un poco menos Sofía. Y parceras desde el bachillerato, que solo Sofía terminó. Desde entonces han mantenido intacta su amistad y el hilo que conecta sus vidas.

Después de pensarlo y discutirlo largamente, decidieron viajar a México a prestar servicios sexuales con visas de turistas. Porque en eso el mundo ha cambiado. Antes lo usual era que las redes de trata reclutaran mujeres en su país de origen con tretas de engaño, pero ya no lo necesitan, o no en el caso de estas tres amigas, quienes *motu proprio* cayeron en la red.

Es más, Sofía ya había estado en México cuatro meses, en hoteles y casas de putas. Con un balance agrio, pues, si bien no tuvo mayores vicisitudes, no ganó el dinero que esperaba. Así que, con la experiencia adquirida y a manera de desquite, preparó su segundo viaje; un poco también por desespero, porque por esos días andaba con deudas apremiantes y en peleas con su mamá, tan bajada, que no vio otra que abrirse del parche. Pero esta vez prefirió no hacerlo sola. Convenció a Yurani y a Valentina para que lo hicieran juntas. Porque fue franca con ellas en cuanto a las asperezas y presiones del oficio, y a los riesgos que correrían en México.

Tampoco Yurani y Valentina eran ningunas novatas. Desde el colegio ya iban a fiestas en fincas y hacían ligues por dinero con amigos de flete y gringos levantados en Instagram. Lo hacían con la suficiente frecuencia como para poder sufragar sus gastos personales y sus rumbas, y para ayudar en la casa. Incluso Valentina durante un tiempo estuvo yendo a pescar gringos al Parque Lleras, y por varias semanas exhibió fotos en Mileróticos, portal de citas sexuales que se ha hecho popular en el valle de Aburrá.

El paso siguiente fue reunirse con una señora de Bello que Sofía conoció en el primer viaje, encargada de reclutar a las mujeres y adelantar lo referente a su traslado a México, trámite que incluyó lo de los pasaportes, los pasajes de avión, el acarreo entre aeropuertos y la mordida de los agentes de migración, paquete por el que cada una asumió una deuda de dieciocho millones de pesos, equivalentes a ochenta horas de servicio sexual.

Y con esas cuentas hechas prepararon su viaje. Valentina prefirió no hablar de sus planes con nadie, y solo tres días antes de salir se lo contó a su mamá, quien, fiel a sus principios, no aprobó el oficio que ella iba a hacer por

allá, pero tampoco se lo reprochó, antes la apoyó. En eso influyó, como un espejo, el caso de una sobrina suya, prima de Valentina, quien trabajó dos años de prostituta en Europa, y con la plata que trajo le compró casa a la mamá, se puso tetas, consiguió moto y montó su propia sala de belleza, especializada en uñas y pestañas.

Para Yurani, en cambio, el asunto fue más dispendioso. Porque estaba enamorada de un hijo del duro de la plaza de vicio del barrio, un muchacho que ya no le mostraba apego y era más el tiempo que pasaba en rumbas que con ella, y hasta cachos le estaba poniendo. Situación que ya la tenía mamada, y cada vez más decidida a dejarlo. Su viaje a México fue, en cierta forma, una excusa para alejarse de él. Digamos que se fue por desencanto.

Aterrizaje en Ciudad de México

A Ciudad de México no las enviaron en vuelo directo para evitar el riesgo de que las devolvieran para Medellín, por mera sospecha, como es usual en las oficinas de migración de ese país. Tres mujeres jóvenes, bonitas y solas, y de Colombia para acabar de ajustar, podían despertar sospecha. Así que las enviaron por Cancún, donde la red tenía agentes de la migración fletados, a quienes previamente les enviaron fotos para que las reconocieran y las dejaran pasar.

Al día siguiente volaron a Ciudad de México, donde las recibió una pareja, marido y mujer, según dijeron. Mexicanos y cuarentones ambos, él un hombre grande de bigote ralo, pelo negro lacio y rostro poco agradable. Ella una señora morena de baja estatura y rostro más grato, pero de trato distante y frases cortantes, quien sería su jefa directa, a quien ellas debían rendir cuentas.

Llegaron a una casa de tres habitaciones que la jefa llamaba la oficina, donde vivirían con otras cuatro mujeres: tres colombianas y una venezolana. Ocuparon apretujadas la habitación disponible, y sin pérdida de tiempo la jefa pasó a explicarles sus deberes y funciones, tanto en la casa como en el servicio con los clientes. Y empezó por agregarlas a su grupo de WhatsApp, conducto por el que se mantendrían en comunicación y recibirían instrucciones. Luego les explicó lo más importante: el *modus operandi* del servicio y las tarifas a cobrar.

Como norma básica, les recalcó, el servicio se cobra por horas y por adelantado, y se presta en la dirección que el cliente indique, residencia u hotel. El básico es de una hora e incluye sexo oral con condón y la relación normal, con la opción de un segundo polvo si el cliente se lo alcanza a echar antes de la hora. Por este servicio cobran dos mil pesos mexicanos, unos quinientos mil colombianos al cambio de ese momento, e incluye el costo del taxi. Pero no falta el que paga una hora adicional, o dos, o la amanecida, que es como ganarse un chance porque es un servicio que factura ocho horas.

La oferta incluye servicios extras, que se acuerdan con el cliente en la intimidad de la cama, estos sí con tarifa diferencial dependiendo del extra que sea. Si son solo cariños, abrazos y besitos de novia, o una paja rusa, pueden cobrar quinientos. Si es beso con lengua o el oral natural, o sea, sin condón, la tarifa es mil, que se duplica si el cliente se viene dentro de la boca. Para el anal, que también está en el menú, la tarifa ya es abierta y a discreción de la doliente. Pero todos estos extras son voluntarios, ya verá cada una si los cobra o no, las tranquilizó la jefa.

En cuanto a la frecuencia de los servicios, no hay consistencia, depende de la suerte y de los encantos que se ofrecen. En una jornada muy buena pueden hacer unos ocho servicios, en una

normal cuatro o cinco. Como también hay días de dos servicios si mucho, y días de vidrio, sin uno solo. A veces las piden para un trío, o en grupos para fiestas en fincas u hoteles, eventos estos que se negocian distinto.

Sobre la deuda les hizo algunas precisiones. Es una deuda elástica, aumenta con las multas que se ganen por sus faltas, les advirtió, y les recordó que son ochenta las horas que hay que facturar para completar el pago, para lo cual deben estar como los *boy scouts*: siempre listas. En cuanto al dinero, por lo pronto, y mientras terminan de pagar la deuda, de cada servicio ellas solo recibirán la quinta parte del pago, para sufragar su alimentación y gastos personales, el resto va a amortizar la deuda. El dinero de las propinas y los extras sí va todo al bolsillo de ellas, entre otras cosas, porque es imposible controlarlo.

Una vez finalizada la inducción, la jefa las llevó a un centro comercial y les compró ropa más indicada, con cargo a la deuda, claro. La ropa que ellas llevaron le pareció ordinaria y poco sexi. Luego hizo que las peinaran, maquillaran y les tomaran las fotos y videos para el catálogo de promoción en las páginas web. Con el nombre cambiado, por supuesto, porque en el mundo de la trata —y de la prostitución en general— la identidad es lo primero que se pierde. Descansaron cuando la jefa les aseguró que esas páginas no se podían ver en Colombia.

Las amarguras del primer mes

Ya con sus fotos y videos insertos en el catálogo quedaron listas para la guerra, a jornada corrida, esto es, empezando a las once de la mañana y terminando a las cuatro o cinco de la mañana siguiente. Y si un cliente se obstinaba en solicitar alguna que ya estuviera dormida, de malas, debía levantarse e ir a atenderlo. Solo los domingos descansaban.

La comida la pedían a domicilio, pero el desayuno sí lo preparaban ellas, excepto Yurani, que todavía no sabe ni fritar un huevo. Tampoco tenían que asear la casa, una señora lo hacía una vez por semana. El resto del tiempo muerto, o sea el que transcurría entre un servicio y otro, lo pasaban en la sala común o en sus habitaciones viendo la tele y videos en Tiktok, o en chateo con sus amistades y familiares en Medellín.

O con el novio, en el caso de Yurani. El hombre la buscó por WhatsApp y le dijo que ya sabía que estaba de puta en México, pero que la entendía y la animó a regresar. Ella le volvió a copiar, siguió chateando con él y ese fue su consuelo durante esas duras primeras semanas. Para Valentina el consuelo fue su mamá, con quien conversaba a diario, y para Sofía fue una prima, dado que no tenía novio y su mamá ni siquiera sabía que ella andaba en México.

El asunto de las multas fue toda una sangría. Debían cuidarse porque la jefa por cualquier falta les clavaba su multa, la mayoría de las veces por fumar marihuana. También por no contestar rápido los mensajes, o dejar esperando el Uber, o por darle al cliente el número del celular personal, algo que enojaba a la jefa y era falta grave.

Otros personajes, con quienes por conveniencia debían mantenerse en buena onda, eran los llamados presentadores, encargados de administrar los catálogos en internet y propiciar el encuentro de los clientes con las mujeres solicitadas, por tanto, personajes con poder para opacarlas si les daba la gana: “A la buena que a los presentadores les caímos bien. Ninguna de las tres tuvo problemas con ellos en el trabajo”, comenta Sofía.

“Un trabajo que uno siempre hace de mala gana, cómo negar eso. Porque dígame: ¿a qué mujer le gusta tener

que mamárselo a un desconocido?”, agrega Valentina.

“Y el riesgo también cuenta —tercia Yurani—. Por fortuna nada malo nos pasó a nosotras en Ciudad de México, pero en ese Uber uno iba a su suerte, sin saber dónde va a llegar ni quién la va a recibir. Como podía ser un man bien pinta, educado, podía ser un vejstorio, o un man que huele maluco, o está drogado, o borracho, o es negro, porque a mí no me gustan los negros, en eso soy sincera”.

“En México es bueno porque por lo general allá los hombres son rápidos, y la mayoría lo tiene chiquito —precisa Valentina—. Yo en menos de veinte minutos despachaba el mío, y hubo algunos que ni les alcancé a poner el condón, de lo rápidos. O lo contrario, tipos que se pasaban la hora insistiendo, y nada. Esos eran los peores”.

“Cosa distinta era cuando nos pedían para fiesta en hoteles, que eso allá se ve mucho —agrega Yurani—. Ahí tocaba arreglarse y ponerse la mejor pinta porque íbamos a competir con otras neñas. El caso ahí era quedar cerca de los duros, los manes que daban las propinas melas. A nosotras nos fue bien en las dos fiestas que estuvimos, pa qué. Por eso las otras peladas vivían ardiditas”.

“Pero no siempre nos pedían para culiar —aclara Sofía—. Una vez un cliente me contrató toda la tarde y parte de la noche, y muy amplio el hombre me llevó a un centro comercial y me compró un vestido negro con meros tacones, que hasta ampollas me sacaron. Luego me invitó a comer a un restaurante super elegante, donde me vi a gatas para manejar los cubiertos. Y no paró de hablar, pero casi no le entendí porque utilizaba mucha palabra rara. Eso era lo que él quería, platicar, como se dice allá, porque a la final ni me culió. Pagó ocho horas y me dio mera propina”.

“A mí me fue bien fue con los extras. Porque no soy escrupulosa, yo voy pa las que sean —subraya Sofía—. Si uno se va hasta por allá tan lejos es porque está dispuesta a todo. Con los extras de ese me le pude mandar plata a mi hermanita a Medellín para que se comprara un iPhone, por su cumpleaños”.

De las tres, Yurani fue la más pedida del catálogo y por lo mismo la primera que terminó de pagar la deuda. Lo logró en cuatro semanas, gracias, en buena medida, a un cliente que se enamoró de ella, muy joven él, hijo de alguien muy rico a juzgar por el barrio y el caserón donde vivía, vivía solo porque su madre había muerto, su padre se mantenía viajando y una hermana estudiaba en Estados Unidos. La primera vez estuvo con él una hora, pero le pagó dos. Tres días después la volvió a pedir y esa vez le pagó cuatro horas. La siguiente cita fue de toda la noche. La invitó a comer, le regaló ropa y una extensión para el cabello, y cuando se despidió le dejó en el bolso propina de quinientos dólares. Todo lo pagaba en dólares.

“Ese pelao se apegó de mí, parece, me pedía casi todos los días —cuenta Yurani—. Y era menor de edad. Me dijo que tenía dieciocho, pero no era cierto, le vi un documento. Hasta que empezó a hablarme de amor, y ahí sí la cagó. Me decía que yo le había llenado un vacío, dizque porque era igualita a una novia que quiso mucho y lo dejó, y que me iba a presentar a su papá. Un día me preguntó por mis planes, y yo le contesté que pensaba quedarme seis meses en México y ganar dinero para comprarle una casa a mi mamá. Entonces me dijo que si yo me casaba con él me daba ese dinero, y me montaba un negocio. Obviamente no le creí. Pero lo peor fue el día de mi cumpleaños. Él se enteró y me llamó a las ocho de la mañana, empeñado en que fuera a atenderlo. Marica, yo estoy muy cansada, no he parado en dos días, le dije al presentador. Pero nada, me

tuve que levantar. Me mandó a recoger en limosina y todo. Lo encontré todo excitado, como drogado, y yo enojada le reclamé por despertarme. Me contestó que lo hizo para que nadie, sino él, se acostara conmigo el día de mi cumpleaños. Incluso quiso cogerme por la fuerza, y ahí sí me reboté, cancelé el servicio y llamé un Uber, y le pedí que no me volviera a llamar. Además, por ser menor de edad me podía embalar, le dije. Se quejó, y por eso la jefa me puso multa, porque era un cliente valioso que había dejado perder”.

Entre Veracruz y Tabasco

Valentina terminó de pagar su deuda en cinco semanas, una más que Yurani, o sea que a ambas les fue bien, no todas lo logran.

Entonces la jefa decidió enviarlas de gira por otras ciudades, como es lo usual en el circuito de la trata en México; y en cualquier lugar del mundo, dado que los clientes siempre quieren ver caras nuevas en los catálogos. A Sofía no la envió de gira porque aún le faltaba pagar horas de su deuda.

Tomaron la que la jefa llamaba ruta del mar, que se inicia con una pasantía de un mes en Veracruz, puerto sobre el Golfo de México, a siete horas en bus desde Ciudad de México, e incluye otras pasantías en poblaciones de los estados de Tabasco y Yucatán, más cortas estas, de una o dos semanas, dependiendo de su grado de aceptación en el mercado de cada localidad.

La jefa les pagó los pasajes en bus hasta Veracruz y les indicó en qué hotel hospedarse, uno especializado en

citas sexuales porque en esta ciudad el *modus operandi* les cambió. No llegaron a confinarse con otras mujeres en una casa sino a alojarse en un hotel, en cuyas habitaciones prestaban sus servicios mediante un procedimiento expedito: al cliente le pedían que alquilara una habitación en este hotel, o en otro cercano, y allí le llegaban y se ahorraban el Uber.

En cuanto a la tabla tarifaria, cobraban igual que en Ciudad de México, solo que ahora, libres ya de sus deudas, la mayor parte del dinero recaudado les correspondía a ellas. Entonces ya pudieron hacer compras y darse gustos aplazados, girar dinero a sus cuentas en Medellín y ocasionalmente salir de rumbo, sobre todo Valentina, que de las tres es la más afecta al reguetón, la guaracha y el tusi.

En Veracruz estuvieron más del mes, y les fue relativamente bien. Las propinas sí desmejoraron, pero aun así cada una ganó en ese lapso no menos de veinte millones de pesos colombianos, que Yurani destinó en buena parte a terminar el segundo piso a la casa de su familia, donde esperaba vivir sola, y Valentina hizo lo propio: le giró a su mamá para que remodelara la cocina, que estaba caída, y el resto se lo gastó en rumbas y en ropa que no necesitaba.

La siguiente pasantía fue en Villahermosa, capital del estado de Tabasco, una ciudad tan grande como Pereira, de economía sustentada en el petróleo, donde estuvieron la mitad de mayo y parte de junio. Y donde el servicio volvió a ser igual que en Ciudad de México, pero con una diferencia sustancial: el

servicio lo prestaban en la misma casa, en sus propias habitaciones, de modo que mientras la una atendía un cliente, a la otra le tocaba esperar turno en la sala.

Retenidas

Al llegar a Villahermosa encontraron aún fresco el eco del caso ocurrido allí cuatro meses atrás, un hecho que en su momento se hizo viral en redes y en medios, y que bien vale traer a colación en esta crónica. Un caso adobado con buenas dosis de confusión e intriga, en el que hasta intervinieron, con sus discursos, los presidentes de México y Colombia, y que con el correr de los días la prensa pudo esclarecer. El móvil del asunto fue una deuda que alias el Jaguar (cabecilla de la red de trata del Cartel Jalisco Nueva Generación) tenía con un socio suyo. Ocurrió que este socio le solicitó al Jaguar el servicio de ocho de sus mujeres, para que le amenizaran la fiesta de su cumpleaños como damas de compañía. Pero el socio fue más allá, utilizó las mujeres para chantajear al Jaguar. Lo amenazó con mantenerlas retenidas si no saldaba su deuda. Al final la presión mediática hizo que el socio las soltara.

En resumen, fue una disputa entre bandidos, y en medio de ella, como rehenes, ocho jóvenes colombianas que no tenían velas en ese entuerto; ocho mujeres que fueron a Villahermosa a hacer exactamente lo mismo que Yurani y Valentina. O sea que ellas no estaban libres de que les ocurriera algo parecido o peor, fue la perturbadora conclusión que sacaron.

Y realmente no estaban libres, porque, en efecto, días después les ocurrió

algo parecido en Ciudad del Carmen, población portuaria, y también petrolera, de unos doscientos mil habitantes, a dos horas en bus desde Villahermosa. Ocurrió que allí se encontraba en pasantía una chica con la que hicieron amistad en Veracruz, quien las llamó y les informó que necesitaban colombianas para una fiesta de fin de semana, con buena paga, que sí se apuntaban.

Ellas no lo pensaron mucho y se apuntaron, incluso sin contarle a la jefa. Pero les supo a cacho la jugada. El hombre que las contrató, a ellas y a cuatro colombianas más, un narco de nivel importante a juzgar por el número de sus guardaespaldas, resultó ser un completo atarván. Les dio mucho licor y droga y las obligó a hacer con él y sus hombres cosas que ellas no querían, cosas bastante malucas. Y para completar, solo pagó sus polvos, los guardaespaldas no pagaron los suyos, las conejearon, como se dice en el argot. Además, las amenazaron cuando ellas les reclamaron.

El consuelo fue que por esos días tuvieron el feliz reencuentro con Sofía, quien también venía haciendo la ruta del mar. Pero en Veracruz solo estuvo tres semanas, no le fue bien, y ella misma le pidió a la jefa el cambio, empujada en buena medida por el deseo de reunirse de nuevo con sus dos amigas.

El reencuentro lo celebraron con un paseo a las grutas de Coconá, monumento natural de la región, un sistema de cuevas con formaciones rocosas de impresionante belleza. Las invitó un cliente dadivoso que conocieron en un hotel.

Últimas pasantías

Después de Villahermosa la jefa las volvió a dispersar. A Yurani la envió una temporada a Cárdenas, municipio cercano; a Valentina a Ciudad del Carmen, de ingrata recordación, y a Sofía más lejos, a Campeche, una ciudad fortificada como Cartagena, a seis horas en bus, ya en el estado de Yucatán. Y esta vez su centro de operaciones lo establecieron en hoteles.

Ya había entrado agosto, se acercaba la hora de decidir si regresar a Medellín antes del vencimiento de sus visas, o quedarse y pagar la multa a migración por el tiempo extra. Yurani fue la única que decidió regresar. No tuvo que pensarlo dos veces, harta como estaba de las humillaciones y la aspereza del oficio. Ya no podía seguir, se sentía agotada, les dijo a sus compañeras. Además, la cogió la ansiedad por regresar con su novio en Medellín. El hombre no paró de acosarla por WhatsApp para que regresara a la vida que él le ofrecía.

Valentina y Sofía decidieron continuar dos meses más, tres si mucho, según como les fuera. En todo caso diciembre lo pasarían en Medellín, eso estaba fuera de discusión. Acordaron pasar esos dos meses alojadas en hoteles en la ciudad de Mérida, capital del estado de Yucatán, pujante y animada urbe de un millón de habitantes ubicada en un lugar bastante particular: en mitad del cráter que hace 65 millones de años dejó el meteorito que provocó la extinción de los dinosaurios, el cráter de Chicxulub, de 180 kilómetros de diámetro.

En Mérida contaron con la suerte que no tuvieron en Villahermosa y sus servicios fueron bien solicitados, por lo que no hicieron más que trabajar, con jornadas largas, de hasta ocho servicios. Así que lo único digno de contar fue el paseo que hicieron al famoso cenote Mani Chan, del que conservan gratos recuerdos en Instagram. Los cenotes son pozos profundos de agua a cielo abierto de una belleza sobrecogedora, que abundan en el anillo periférico del cráter que dejó el meteorito.

Fue durante su estancia en Mérida que tuvo lugar, en la ciudad de Puebla, una tragedia asociada al tema de la trata de blancas que también se hizo viral, tanto que el periódico *Q'hubo* de Medellín le dio amplio despliegue: la muerte por intoxicación de un cliente y las dos mujeres que contrató para hacer un trío en un motel de esa ciudad, una de ellas del barrio Manrique y la otra de Robledo, caso que a Sofía impactó directamente porque era amiga de la chica de Manrique. La había conocido tres meses atrás durante su pasantía en Veracruz. Al igual que ella hacía su segunda travesía por México. Hicieron amistad y siguieron en contacto, su último mensaje lo recibió apenas cinco días antes de la tragedia. Le contó que planeaba regresar a Medellín en dos semanas y que eso la tenía muy contenta porque al fin vería a su hijo.

Lo que ocurrió fue que el trío en cuestión se tornó en un festín de borrachera, drogas y música a todo volumen. Ninguno de los tres advirtió que el carro quedó encendido, botando monóxido de

carbono en el garaje de la habitación del motel, donde al día siguiente los encontraron muertos a todos, abrazados y desnudos en la cama.

“Esa niña era un amor —recuerda Sofía—. Con lo que ganaba mantenía a su hijo de cuatro años, a su mamá, y a una hermana que también tiene un niño. Con la muerte de ella esa familia quedó en la inopia completa. Cómo sería que para traer el cuerpo de México y pagar el entierro su familia tuvo que recurrir a la solidaridad, no tenían un peso”.

En Mérida Sofía y Valentina finalmente laboraron dos meses y una semana, no aguantaron más. Se presentaron a migración, pagaron la multa, compraron pasajes y regresaron a Medellín a mediados de noviembre.

Epílogo

“Al principio las experiencias son muy fuertes porque una no está acostumbrada —dice Yurani, a manera de balance de su travesía por México—. Maluco eso de estar con tantos manes, todos los días, pero a la final uno termina por acostumbrarse. Es un trabajo como cualquier otro, en el que se gana plata. Por eso uno hace lo que hace. Me dicen que el segundo piso que le eché a mi casa me quedó melo, y que lo amoblé muy chimba, pero yo no me siento orgullosa de lo que hice para tenerlo, ¿sí me entiende? No es algo para poner en mi hoja de vida”.

“Yo me mamé fue de la soledad en esos hoteles cuando nos separaron —dice Valentina—. La mayor parte del tiempo tenía que pasarlo encerrada en una habitación estrecha, sola, contando

las horas, oyendo los tacones de las mujeres que pasaban por el pasillo, nada más; o la pasaba en la calle parada en una acera, y eso me deprimía”.

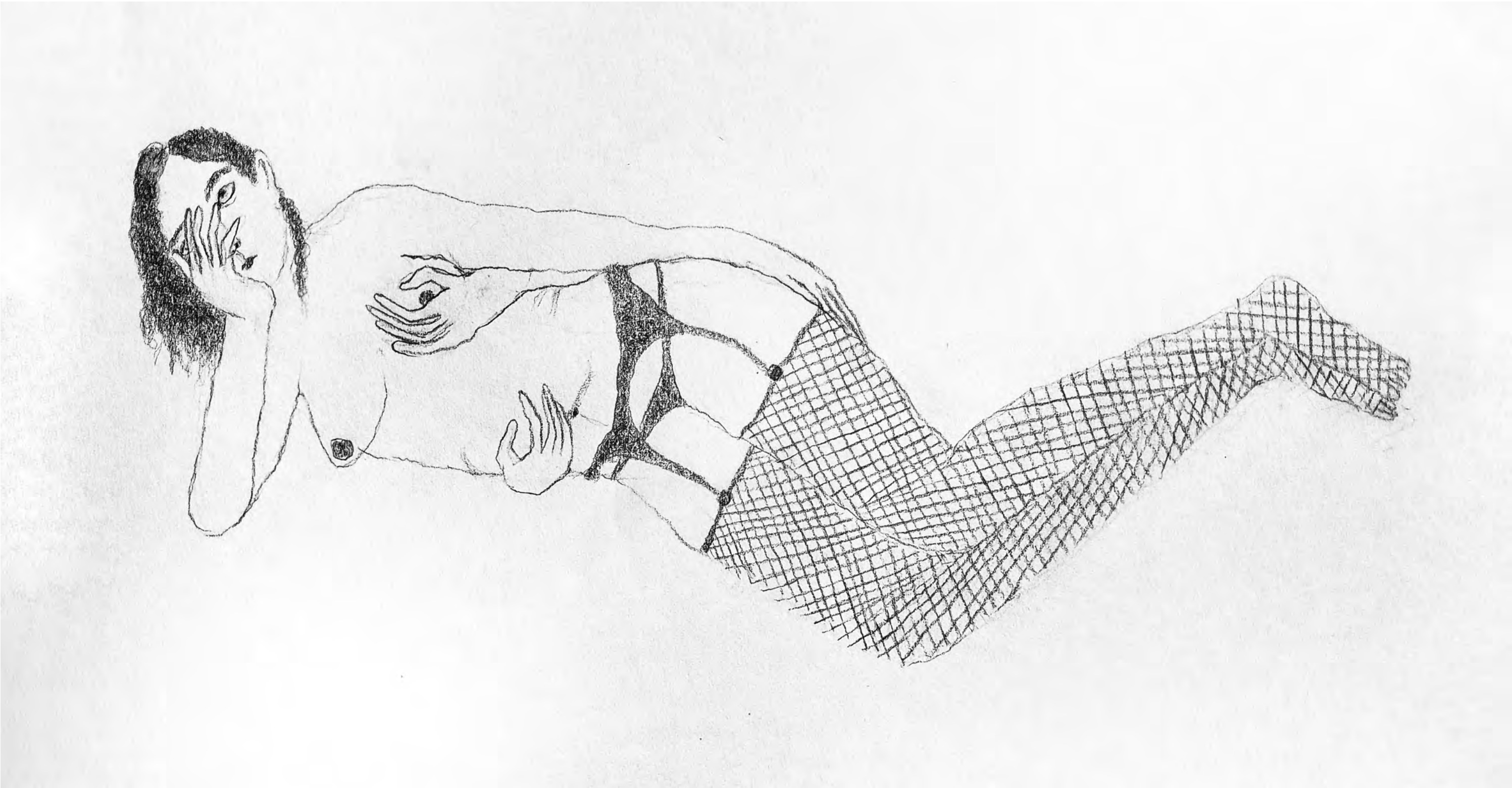
“Eso de verdad lo afecta a uno, pa qué —tercia Sofía—. Yo siento que cambié la personalidad, porque uno no regresa siendo la misma. Creo que me volví más fría, como que nada me llena, no sé. No me hacen feliz las cosas de antes. Por eso quiero irme otra vez de aquí, pero esta vez para Europa, a ganar en euros”.

“Y yo me voy con ella, porque nosotras ya somos como una familia —precisa Valentina—. El caso es que en Medellín no hay mucho que hacer, y tampoco rinde, apenas uno o dos cuadres al día, o nada. Y lo otro es que acá uno sigue enredado en lo mismo, en fiestas, con las amigas malgastando la plata. No veo la hora de volver a arrancar”.

Pronto lo harán, en efecto. Ya establecieron los contactos y adelantaron conversaciones con la gente de la vuelta en Europa. Su plan es viajar primero a Madrid y desde allí volar a Ámsterdam, donde harán su primera pasantía.

Yurani sí no va más, se bajó del bus. Sigue enamorada, y en el círculo de la trata el amor es una traba y la que se enamora pierde. Tiene esperanzas en los cambios que ha visto en su novio desde que ella llegó de México, lo juiicioso que se puso, lo bien que la trata y el apoyo económico que le proporciona. Cambió por completo el hombre, dice confiada, y ahora planean vivir juntos.

“Afortunadamente ya no tendré que putiar, porque qué pereza putiar”, concluye.☺





En un siglo donde en las destartaladas escuelas republicanas, que a veces servían de cuartel, enseñaban la urbanidad de Carreño y el catecismo de Astete, a dos niños les fue truncada su infancia. Mientras en público la sociedad y la Iglesia exaltaban a la niñez y la comparaban con la Niña María y el Niño Jesús, de puertas para adentro muchos niños lidiaban con adultos cargados de violencias recicladas que terminaban por cobrar a sus propios hijos sus traumas y decepciones.

“Ciruelas” de una infancia perdida

Medellín, 1884

por
FELIPE
OSORIO VERGARA
• Ilustración de
Tobías Arboleda

*Voz de un alma que suena /
plegaria nunca oída /
quizá en su propia pequenez perdida.*

Agripina Montes del Valle en *A Dios*.

Eran las ocho de la mañana y se había acabado el agua que se almacenaba en la tinaja. Salomé Estrada, la matrona de la casa, entregó a su hija María del Socorro, de seis años, un recipiente de calabazo y le pidió que fuera a traer agua de la quebrada La Palencia. María del Socorro obedeció y salió de la vivienda, afincada en el Cuchillón del Contento, ladera centro oriental de Medellín, con dirección a la manga de don Modesto Molina, donde corría la quebrada. Al llegar a La Palencia llenó el calabazo y empezó a caminar de regreso a su casa. Era una ruta que conocía, pues varias veces había realizado ese mismo recorrido acarreando agua, pero esa vez sería diferente. Un par de pasos después apareció Melitón Ceballos, de doce años, y le ofreció unas ciruelas...



Un barrio de recién llegados

El Cuchillón del Contento corresponde al actual barrio Gerona, en Buenos Aires. A finales del *siglo XIX* era una zona salpicada de mangas, pantanos y humedales donde pastaba el ganado de algunas fincas de familias pudientes y se levantaban ranchitos de paja donde vivían sus trabajadores. Allí también habían empezado a llegar, a cuentagotas, personas del Oriente y Suroeste de Antioquia atraídas por el comercio de la Bella Villa y el tímido despunte de la industria; por citar un caso, Salomé, la madre de María del Socorro, era originaria de Titiribí. Así, El Contento era una zona habitada por personas de escasos recursos y señalada por las élites como un barrio “maluco” o peligroso. “El barrio El Contento no era ni barrio ni ‘contento’, sino un lugar tan triste que daba hasta miedo transitar por él [...] y que tenía varios ranchos habitados por gente de mal gusto y hasta peligrosa”, recordaba en 1946 el escritor Carlos Escobar en su libro *Medellín hace 60 años*. Para rematar su mala fama, un poquito más arriba de El Cambray había una vieja casa de tapia con techo de teja donde en las noches sabatinas se reunían los obreros bajo cuatro candiles de sebo a bailar guabina, trovar, beber aguardiente o tapetusa de alambique y no eran escasas las veces que las borracheras terminaban en acaloradas peloterías, a las trompadas, voleando peinita y hasta con puñaladas de chafarote.

Sobre esto, la señora Reyes Mesa sostenía que “hará como tres años [...] que el citado Melitón Ceballos le hizo una propuesta deshonesta a una hijita mía que tendría ella unos cinco años, [...] y le di la queja a Ángel y habiéndolo reprimido no volvió a intentar el abuso”. Por su parte, Anselmo Córdoba relataba que “hace como tres o cuatro años, estando mi hija Clara Rosa muy niña, fue llorando a la casa, y preguntada por qué lo hacía, dijo que Melitón la estaba molestando. [...] y di queja a Ángel María Ceballos y este reprimió a su hijo”. Finalmente, Rosana Puerta, de nueve años, compareció junto a su abuela Gregoria para declarar que “iba para donde Adelaida Zapata a un mandado de su mamá Inés (ya finada), y se encontró con Melitón Ceballos, el cual sin decirle nada la cogió de la cintura y la tumbó, pero que ella lo cogió pronto a él y lo tumbó en una cañada y salió corriendo, entonces Ceballos le dijo: ‘mal-dita condenada’. [...] Y que cuando se quedaba sola en su casa, el dicho Ceballos iba a molestarla y le decía que, si no le abría la puerta, la mataba”.

Un contexto beligerante

Por su altura, cercanía al Centro de Medellín, y ruta hacia Santa Elena y por ende hacia Rionegro, El Contento era una zona estratégica desde donde se podía dominar la capital de Antioquia. Por eso, en 1879 tuvo lugar la batalla del Cuchillón, donde los conservadores se enfrentaron con las fuerzas del gobierno liberal, comandadas por Tomás Rengifo, resultando vencedoras estas últimas, lo que reafirmó la autoridad liberal y so-focó temporalmente la sublevación conservadora en Antioquia.

Pero es que los Estados Unidos de Colombia, que nacieron con la Constitución de Rionegro de 1863, estuvieron marcados por el constante enfrentamiento entre los liberales radicales y los conservadores y el clero que se oponían a su autoridad. De hecho, en ese contexto de ebullición fratricida, era común que se involucrara a los niños como combatientes de una u otra fuerza, como narró en 1884 en sus *Reminiscencias* Concha Ospina Vásquez, hija de Mariano Ospina, fundador del Partido Conservador: “Francisco, que apenas tenía nueve años, se escapó y se fue para El Poblado y allí cogió un caballo y se fue a alistarse en el ejército”.

Por si fuera poco, para la época del caso, el germen de la guerra civil estaba brotando nuevamente sobre el país, con un nuevo enfrentamiento que llevaría a los conservadores y liberales moderados al poder, dando inicio al periodo de la Regeneración, apalancado en la Constitución de 1886.

Un niño de mala fama

Melitón había nacido en Medellín en mayo de 1872, una incipiente ciudad de treinta mil almas. Era hijo del matrimonio entre Ángel María Ceballos y Chiquinquirá Vasco, que trabajaban labrando tierra ajena y arriando ganado. Melitón no iba a la escuela, era analfabeta y se dedicaba a jornalear y recoger leña y boñiga en las fincas del sector, que era usada como fertilizante, material de construcción o para empañetar paredes. Todos los testigos que figuran en el

expediente 14207 del Archivo Histórico Judicial de Medellín reiteraron la condición de “pobreza e ignorancia” en que la familia Ceballos Vasco estaba sumida. “Ceballos es un muchacho trabajador, muy ignorante, sin educación, e hijo de padres muy pobres e ignorantes también”, relataba José Alzate, habitante de El Cuchillón del Contento el 6 de octubre de 1884.

De pública voz se decía que Melitón era malo, deshonesto y pendenciero. “Es un muchacho peleador con los demás muchachos del vecindario”, afirmaba Adelaida Zapata, mientras que Manuel Antonio Jaramillo agregaba que “el citado Melitón Ceballos es terrible, peleador y perseguidor de las niñas para abusar de ellas”. Este último punto era la acusación más reiterativa que se decía de Melitón, pues casi todos los testigos aseguraban que era sistemático su comportamiento de asedio, persecución y abuso a las niñas más pequeñas.

Sobre esto, la señora Reyes Mesa sostenía que “hará como tres años [...] que el citado Melitón Ceballos le hizo una propuesta deshonesta a una hijita mía que tendría ella unos cinco años, [...] y le di la queja a Ángel y habiéndolo reprimido no volvió a intentar el abuso”. Por su parte, Anselmo Córdoba relataba que “hace como tres o cuatro años, estando mi hija Clara Rosa muy niña, fue llorando a la casa, y preguntada por qué lo hacía, dijo que Melitón la estaba molestando. [...] y di queja a Ángel María Ceballos y este reprimió a su hijo”. Finalmente, Rosana Puerta, de nueve años, compareció junto a su abuela Gregoria para declarar que “iba para donde Adelaida Zapata a un mandado de su mamá Inés (ya finada), y se encontró con Melitón Ceballos, el cual sin decirle nada la cogió de la cintura y la tumbó, pero que ella lo cogió pronto a él y lo tumbó en una cañada y salió corriendo, entonces Ceballos le dijo: ‘mal-dita condenada’. [...] Y que cuando se quedaba sola en su casa, el dicho Ceballos iba a molestarla y le decía que, si no le abría la puerta, la mataba”.

Desde hacía tres o cuatro años ya había señales de la conducta de Melitón, es decir, desde que él tenía unos ocho o nueve años. Si bien no se puede descartar la presencia de trastornos de la personalidad como sociopatía o psicopatía, este asunto deja entrever que, posiblemente, su crianza hubiera estado marcada por violencia e incluso abuso sexual. “Lo primero que empezamos a sospechar es probablemente la exposición a situaciones de violencia sexual. Hay muchos estudios que muestran que hay una correlación muy alta entre el abuso sexual infantil y la agresión sexual durante la adultez”, explica sobre el caso la psicóloga forense Nataly Olate.

De hecho, la declarante María Longas, abuela paterna de María del Socorro, describe un punto central: Melitón era muy alejado y “abandonado” de su padre, lo que deja sobre la mesa que, quizá, el maltrato proviniera de Ángel Ceballos. “Los adultos desataban su ira sobre los niños a manera de chivos expiatorios. Ellos padecían la agresión que el adulto había recibido y no había podido impedir. [...] Los niños eran el último eslabón de una cadena de agresiones y al no poder expresar este odio, lo descargaban en sus hermanos menores y en los niños más pequeños”, argumentan las historiadoras Cecilia Muñoz y Ximena Pachón en *La niñez en el siglo XX*.

Las “ciruelas”

Lo acompañaba José Alzate, quien recogía el cajagón y enviaba a Melitón con la carga para que la guardara en su casa, a unos quince minutos caminando. “Como a las ocho de la mañana lo despaché con otro viaje [...], y esta vez se demoró mucho, pues no volvió sino como a las diez. Y habiéndole preguntado por qué se había demorado tanto, me dijo que se había entrado a su casa a almorzar, porque tenía mucha fatiga”, narró Alzate.

Cuando Melitón Ceballos se devolvía de dejar la boñiga, se encontró en la quebrada con María del Socorro Longas, quien estaba recogiendo agua en un calabazo. “Véngase conmigo y le doy unas ciruelas”, le dijo él, pero ella se negó. Entonces, Melitón la tomó de los brazos y la alzó para que supuestamente viera las ciruelas, pero no había ninguna. “Después me tumbó y se me subió encima y me hizo mucha fuerza, y luego que me soltó me dijo que fuera todos los días para darme ciruelas”, relató María del Socorro, de seis años. Las lágrimas comenzaron a brotar como cascadas, y Melitón se ofreció a acompañarla de regreso a su casa. Caminaron juntos por el sendero de tierra, sin hablar, solo escuchándose los sollozos de ella.

Una vez divisada la casita de paja de María del Socorro, Melitón se devolvió y se alejó en el campo, mientras que ella corrió a los brazos de su madre y se destapó a llorar. “Noté que al llegar tenía manchas de sangre en el camisoncito, lo que me dio lugar a sospechas, y entré a examinarla en las partes genitales porque además la niña me dijo que se había chuzado con un palo. Y le hallé una lesión en la parte de los labios de la parte pudenda”, narró Salomé Estrada, madre de la niña.

Salomé no perdió tiempo. Ante la ausencia de su esposo Lisandro, que se encontraba fuera de Medellín, le contó lo sucedido a Antonio Jaramillo, vecino que estaba de visita y que podría servir, más adelante, como testigo. Después, se presentó con su hija al despacho de Alejandro Callejas, prefecto del departamento del Centro, donde interpuso la denuncia por fuerza y violencia contra Melitón Ceballos y dio siete nombres de habitantes del barrio que podrían fungir como testigos, toda vez que podrían dar cuenta del comportamiento de Melitón.

Cabe anotar que en aquella época el país se regía por un modelo federal que se dividía en estados soberanos. Cada estado contaba con un gobernador. A su vez, cada estado se dividía en departamentos que eran gobernados por prefectos. En 1880 el Estado Soberano de Antioquia se dividía en nueve departamentos, y el del Centro correspondía al valle de Aburrá más algunos municipios del Nordeste antioqueño.

Salomé, apersonada del caso, refleja una tendencia en la que son las madres las figuras de la familia que más sufren el abuso de sus hijas. “Las madres de las niñas abusadas se convierten en segundas víctimas porque empiezan a tener un montón de preguntas y de culpas: si yo no la hubiera dejado salir, si yo no la hubiese dicho o hecho esto o lo otro”, explica la psicóloga Olate. En esta línea, el testigo Juan María Sáenz describe que mientras pasaba por la casa de Salomé “vío que esta estaba llorando en la puerta [...] y le preguntó por qué lloraba y le contestó: ‘¿cómo no he de llorar si soy tan desgraciada?’”. Y le dijo que ni se atrevía a contarle lo que le había sucedido a su hija. De este modo, por su papel de cuidadoras han sido las madres las que mayormente han cargado tristezas y culpas tras un abuso, mientras que históricamente los padres o hermanos han cargado el “deber” de limpiar el honor familiar y cobrar vindicta, como en casos bíblicos en los que Simeón y

Leví vengaron la violación a su hermana Dina, y Absalón vengó la de su hermana Tamar.

La investigación

Tras recibir la denuncia de Salomé, el prefecto Callejas pidió a la niña Longas que relatará lo sucedido y ordenó hacer comparecer a los vecinos enumerados por Salomé. Además, convocó a dos peritos con el ánimo de que practicasen el reconocimiento físico a María del Socorro. Atendiendo a su llamado, el médico Ricardo Escobar revisó a la niña y concluyó que: “En los pequeños labios y alrededor de la entrada de la vagina hay ligeras laceraciones y rastros de sangre, señales de maniobras fuertes para verificar el coito, pero que indudablemente ni el miembro del individuo ni sus fuerzas serían bastantes para adelantar mucho en su intento. No podría asegurar si el hecho se consumó definitivamente, pero sí que hubo maniobras criminales sobre esta niña”. En este sentido, Andrés Posada, el otro médico perito, expuso que: “He encontrado señales de maltrato en la vulva, con ligera efusión de sangre que manifiestan tentativa de estupro; pero que no se realizó la desfloración”. Con base en lo concluido por los peritos, la tarde del sábado 4 de octubre de 1884 el prefecto Callejas ordenó recluir a Melitón “en calidad de detenido, el cual no podrá gozar del beneficio de excarcelación con fianza”.

El lunes 6 de octubre se llamó a indagatoria a Melitón, quien confirmó que el sábado 4 se encontraba recogiendo boñiga en compañía de José Alzate en una manga. Al preguntársele si había visto y cuánto tiempo había estado con María del Socorro Longas ese día, señaló que “estuve con ella mientras pañó [recogió] el agua y me vine, y que le dije que pañara el agua ligero y que se fuera”. Todas las demás preguntas formuladas por el prefecto fueron contestadas con un “no, señor”. De este modo, Melitón negó haber “abusado deshonestamente de ella”, negó convalidarla a ciruelas, negó saber por qué ella había llegado con manchas de sangre a su casa y también negó haber “abusado de otras niñas del vecindario”.

Acto seguido, el prefecto citó dos peritos para examinar al joven. Ramón Arango determinó que: “Habiendo examinado el miembro viril de dicho joven le ha encontrado una ligera inflamación y desgarradura del frenillo, que en su concepto puede provenir de un acto carnal reciente y difícil, o de una maniobra cualquiera efectuada sobre el miembro”. En consonancia, el médico legista Andrés Posada confirmaba el dictamen anterior y agregaba que “se hace muy verosímil el que sea él quien intentó esturpar la niña”.

Aparte de la denuncia de Salomé, el relato de María del Socorro y la indagatoria a Melitón, el prefecto entrevistó once personas —cinco mujeres adultas, dos niñas y cuatro hombres—. Si bien ninguna fue testigo directo del hecho, pues cuando se ejecutó no había nadie en dicha manga, fueron tomados como testigos de oídas y la mayoría dieron cuenta de la “mala” conducta de Melitón y su sistemático comportamiento de persecución y abuso de las niñas del vecindario. A su vez, se averiguó al alcaide de la cárcel de Medellín si existía constancia de que Melitón hubiese estado en prisión, pero no se hallaron registros.

El 15 de octubre de 1884, el prefecto Alejandro Callejas pasó el sumario al Juzgado del Circuito en lo Criminal de Medellín para que lo enjuiciara bajo el artículo 641 del Código Penal del Estado Soberano de Antioquia: “El que abusare deshonestamente de un niño o de una niña, o de un impúber de cualquier sexo, será tenido por forzador en

cualquier caso, y sufrirá la pena de siete a ocho años de presidio, con un mes de aislamiento”.

Cabe anotar que en los Estados Unidos de Colombia cada estado miembro de la federación tenía competencia para expedir sus propias leyes penales. En el caso del Estado Soberano de Antioquia, el Capítulo Segundo, Libro Segundo del Código Penal señalaba que eran excusables de ser juzgados los menores de siete años, mientras que a los mayores de siete y menores de diez y medio “no se les impondría la pena que para ese delito estuviera fijada, pero se prevendrá a sus padres o tutores para que cuiden darle educación y lo corrijan”. La única contemplación diferenciada para los mayores de diez y medio y menores de catorce años es que su pena sería de reclusión y no de presidio, es decir, que el condenado no estaría obligado a ejercer los trabajos establecidos en la cárcel. En ese sentido, por su edad de doce años Melitón podría recibir la pena del artículo 641, salvo que hasta cumplir catorce no sería obligado a trabajar en prisión.

En los vistos judiciales, César López, en nombre del Juzgado de Medellín, determinaba que: “Consta perfectamente establecido en este sumario que el día cuatro del presente mes fue forzada la niña María del Socorro Longas y se abusó de ella deshonestamente. [...] Respecto a la persona responsable, tampoco queda la menor duda de que lo es Melitón Ceballos. [...] El procesado no es reincidente,

pero sí consta que ha estado siempre predispuesto a violar la ley en el sentido de que se procede hoy por lo que goza de mala fama. [...] declárese con lugar a formación de causa contra Melitón Ceballos por el delito de fuerza y violencia [...] el reo pasará del lugar de los detenidos al de los procesados”. Al informársele a Melitón, el 30 de octubre, este señaló que no intervendría en el juicio, y que en su lugar nombraba un defensor: Eleuterio Arango.

Como maniobra dilatoria y para desviar el objeto de la investigación, el defensor Arango pidió que se citara a Lisandro Posada, Antonio Jaramillo, Bentura Amador y José Valencia con miras a que declararan:

1) Si era verdad que Salomé Estrada, madre de María del Socorro, era enemiga de Ángel Ceballos, padre de Melitón.

2) Si les consta que la niña María del Socorro “es muy deshonestas, hasta el punto de cometer deshonestidades públicas con otros niños”.

Lisandro Posada compareció y afirmó, sin prueba alguna, que: “Es cierto que Salomé Estrada es enemiga de Ángel Ceballos. Es verdad que la niña María del Socorro Longas es muy deshonestas en términos de cometer deshonestidades públicamente con otros niños”. Después se presentó Antonio Jaramillo, quien reafirmó que Salomé era enemiga de Ángel, pero que “no ha visto a la niña cometer deshonestidades con otros niños ni le consta que sea deshonestas”. Bentura y José no se presentaron a declarar.

Terminado el periodo probatorio, el Juzgado del Circuito en lo Criminal de Medellín ordenó que se realizara el sorteo para elegir a los tres jurados que participarían del juicio a Melitón, pues vale resaltar que, en ese entonces, el Código Judicial del Estado de Antioquia admitía la presencia de jurados para “decidir sobre la existencia de ciertos hechos criminosos”. Y añadía en su artículo 1582 que “la calificación de los hechos, omisiones, resoluciones o designios que como delitos, culpas o tentativas sean punibles conforme a la legislación penal del Estado, corresponde al jurado, y la aplicación de la ley a los jueces del circuito”.

Finalmente, el 23 de diciembre de 1884 en la sala de juzgado y en presencia de Melitón, su defensor y el fiscal del circuito, el juez Manuel Molina tomó juramento a los tres jurados: Pedro Echeverri, Jorge Ángel y Eduardo Jaramillo. El cuestionario entregado por el juez constaba de tres preguntas:

1) ¿Se ha cometido el delito [...] consistente en haber abusado deshonestamente con fuerza y violencia de la niña María del Socorro Longas [...]?

2) ¿Melitón Ceballos es responsable de esta infracción?

3) ¿Melitón Ceballos es autor principal, cómplice, auxiliador o encubridor?

Las tres preguntas fueron contestadas con tinta negra, y reteñidas, con un certero “NO”. Y se remataba con un “no se ha cometido ningún delito”. Así, el juez Manuel Molina, anclándose en el veredicto del jurado y quizá lavándose también las manos a lo Pilatos sentenció: “En fuerza del veredicto que precede, administrando justicia en nombre del Estado y autoridad de la ley, el juzgado resuelve por terminado el procedimiento en esta causa contra Melitón Ceballos. Notifíquese y archívese”.

A pesar de las pruebas para fallar en contra de Melitón, lo más seguro es que en esa justicia de hombres para hombres, el jurado hubiera considerado que al conservarse la “virginidad” de María del Socorro, como anotaban los peritos, no se había producido delito alguno. En consecuencia, Melitón quedó absuelto y libre, y el caso cerrado, pero quedaron muchas incógnitas en el tintero.

María del Socorro bien pudo quedar con traumas que afectarían su manera de relacionarse en el futuro, mientras que en el corto plazo pudieron haberle asaltado trastornos de reacción representados en pesadillas, llanto y temores. Además, en una época donde el acompañamiento psicológico era inexistente, solo sabrá la historia si, al menos, su red de apoyo —encabezada por su madre Salomé— fue suficiente para brindarle herramientas de afrontamiento que hicieran menos traumático el recuerdo o pudieran, incluso, llevarlo a la nebulosa del olvido. Melitón, por su parte, a lo largo del expediente es demonizado y reducido únicamente al hecho que perpetró, pero lo cierto es que, aunque sea difícil de comprender, se perfila también como otra víctima: ¿por qué un niño desde sus ocho o nueve años tendría comportamientos de esta naturaleza? ¿No sería acaso que estaba replicando lo que veía o, quizá, sufría en su casa? ¿Será que Melitón era un eslabón más de una cadena de violencias que podían remontarse a un pasado ensombrecido de abuso y maltratos? Su conducta fue injustificable y merecía sanción, pero a él también le truncaron la niñez. En un siglo salpicado de guerras civiles, los adultos no solo les cambiaron los juguetes por las bayonetas a los niños, sino que también descargaron en ellos sus odios y fracasos, alimentando una cadena de violencia que se ha replicado generación tras generación: una espiral interminable de infancias perdidas.©



Con qué seguro paso el mulo en el abismo

por JORGE IVÁN AGUDELO Y SIMÓN MARÍN • Archivo Fotográfico BPP

Con qué seguro paso el mulo en el abismo. Lento es el mulo. Su misión no siente. Escribió Lezama. Mientras tanto, sin hacer caso del pecado capital del anacronismo, podríamos adelantar la comparación, inexacta, entre distintos tipos de archivos y soportes que dan cuenta de líneas comunicantes entre el Caribe decimonónico, el altiplano y Medellín.

Un mulo, o un caballo, según el pie de foto, remolca un Cadillac en la primera década del siglo XX en la vía entre Tunja y Bogotá. La fotografía, proveniente del fondo Duperly, nos propone un juego de miradas. Por un lado, está la mirada del mulo, animal fuerte, pero obediente, imperfecto y estéril, primero en preparar los agrestes caminos de la modernización en la accidentada topografía andina. Sería curioso que mirara directamente al lente, sin embargo, de algún modo, lo hace. Con su trompa

inclinada levemente hacia el piso mira de reojo a la cámara y, con ella, a nosotros, quienes vemos desde el futuro los pasos lentos del animal.

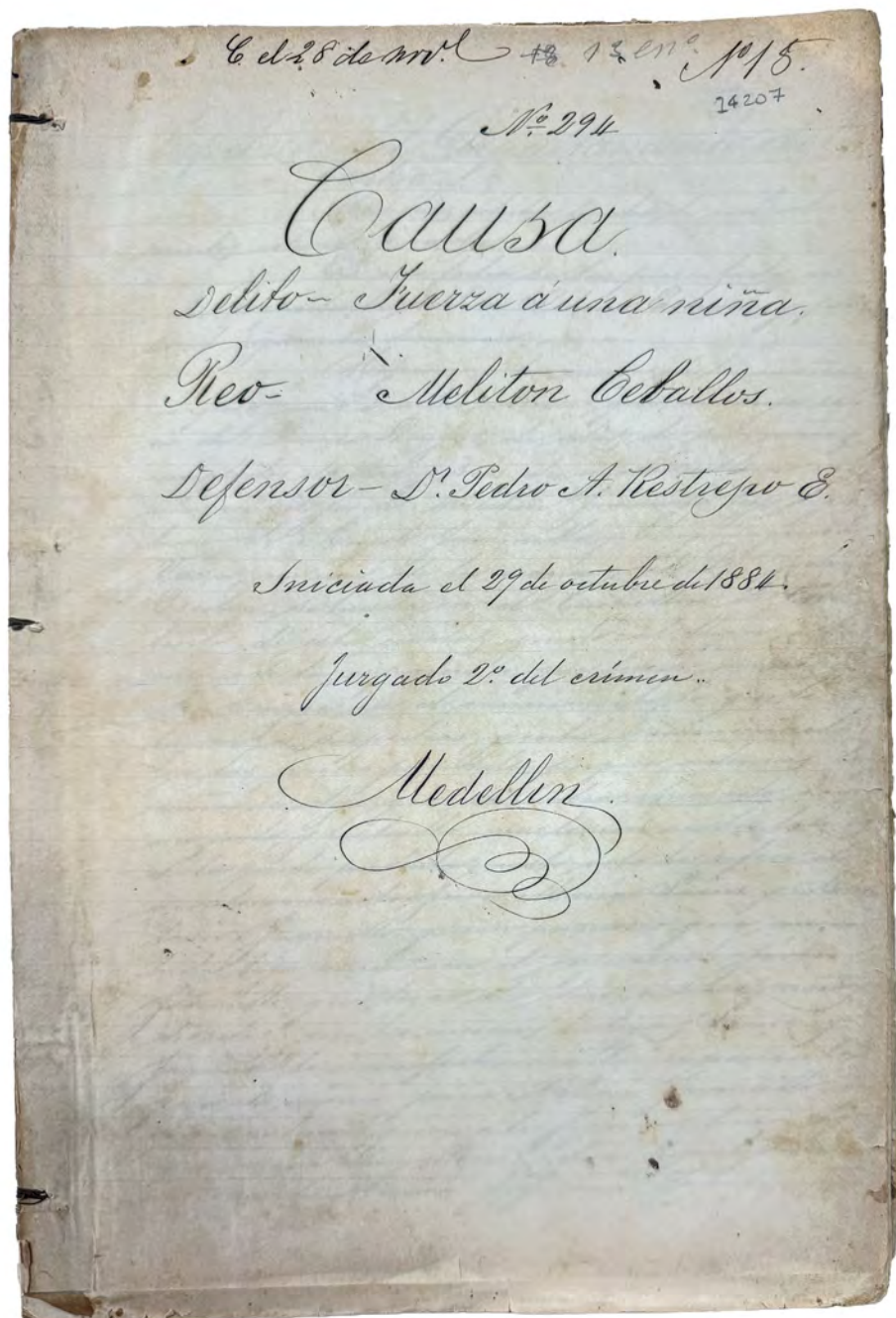
El caballo, o el mulo, para efectos de la comparación, no es aquel que provocó el silencio de Nietzsche en el Turín de 1889, previendo simbólicamente el avance del nihilismo industrial por la Europa del siglo XX, sin embargo, sí tiene algo del *Angelus Novus* de Klee, sobre el que escribiría Benjamin en sus *Tesis sobre historia*. Su mirada, entre fija y desorbitada, observa la acumulación de ruinas, los cadáveres de mulos que lo anteceden, los futuros Cadillacs chatarrizados, las cámaras análogas engrosando, inutilizadas, las colecciones de los museos y su foto misma reposando en un archivo. Mientras avanza, dando la espalda a la modernidad que ayuda a construir, está la mirada

de su jinete, fija, precisa, segura hacia el fotógrafo.

Entre tanto, se encuentra quien no mira, despojado de caballo y de rostro, con ruana y sombrero; presenta quizás una sonrisa que no vemos, pero podemos imaginar la del trabajador que debe ir en su mula al rescate del burgués, quien animado a lanzarse a los caminos en su novedosa máquina de futuro se quedó a medias, atascado entre ciudad y ciudad.

Sin embargo, la falible máquina remolcada no es el único instrumento del futuro que vuelve a 1910 para establecer lazos de simpatía momentánea con nuestro borroso e inaprensible presente. La cámara y el fotógrafo son también agentes del progreso. Desde 1840 un aparato entre industrial y científico venía haciendo de las suyas en eventos de feria, como un truco de magia, pero también en

pequeños locales comerciales, en algunos escasos periódicos ilustrados. Venida desde Europa, esta máquina extraña que podía copiar fragmentos estáticos de realidad de un modo cada vez más instantáneo, daba vueltas por Bogotá y Medellín. De la mano de un Cadillac remolcado, la fotografía se erigió al mismo tiempo como una curiosidad inocente y como una promesa de sosiego para estas tierras, alejadas de la mano bondadosa de la civilización occidental. Este proceso, entre atropellado y confuso, de modernización a lomo de mula y Cadillac, da cuenta de un camino inacabado e inacabable, trunco, con el motor sobrerrevolucionado por las piedras y pendientes, una promesa incumplida, una modernidad capitalista, empresarial y segregadora, que en su realización dejaba tras de sí la chatarra de sus propios productos incompletos.©



Portada del expediente. Archivo Histórico Judicial de Medellín, documento 14207.



Comenzamos nuestra serie de textos cariocas luego de nuestro viaje a Río. Iniciamos con Las Ocupaciones y su vida provisional, su cotidianidad sobre edificios abandonados, sus hogares sobre armazones industriales. Un refugio para quienes no tienen casa ni pueden arrendar un techo en ciudades que ha ido copando el turismo. En el medio, Suellen Cristina da Silva, la mujer que regenta esa ciudadela con una sonrisa de hierro.

Ocupação Daru: velar y dormir

por PASCUAL GAVIRIA • Fotografías de Juan Fernando Ospina

Son las cinco de la tarde y hay una especie de recogimiento en las bodegas ruinosas que se sostienen en Inhauma, uno de los barrios del Complexo do Alemão, en Río de Janeiro. Una fábrica de soportes ventilatorios y ayudas cardíacas quebró hace unos años y quedaron las deudas, los hijos del difunto dueño buscando recuperar unos reales y esas enormes cajas abandonadas. La última luz de la tarde le entrega un resplandor inmerecido al paisaje silencioso y deshecho.

La bodega se convirtió hace cuatro años en el albergue permanente de 113 familias, la mayoría llegadas desde un desalojo hecho en otras ruinas, otro escampadero. ¿Es posible llamar hogar a esas construcciones repentinas, intuitivas? En el antiguo cascarón les prometieron una vivienda, hicieron el inventario de habitantes, les dijeron que allí se levantaría una Villa Olímpica y un poco después, luego de apaciguarlos, les mandaron la policía y los sacaron a empujones, con el afán y la brutalidad de los operativos relámpago. Ni villa, ni olímpica, ni refugio, ni albergue... Ni hogar. ¡Fuera!

Entonces apareció Suellen Cristina da Silva. En ese momento tenía 32 años y decidió tomar la responsabilidad: “Yo no tengo vergüenza, soy muy comunicativa”, me dice Suellen cargando un pollo



Suellen Cristina da Silva.

joven al que persigue una jauría de cachorros sobre los escombros afuera de las bodegas. Un vecino tiene un galpón hecho con retazos de madera y alumbrado con un único bombillo descolorido. La escena retrata a Suellen, ella cuida lo de todos, es la guardiana de puertas para adentro y para afuera, la *prefeita* de las ruinas, el refugio, el albergue, el hogar.

Río tiene una amplia colección de este tipo de colmenas que casi siempre están fuera de las favelas empinadas.

Un estudio publicado en 2024 por el Instituto de Investigación y Urbanismo y Planeación Regional de la Universidad de Río de Janeiro, habla de 2435 familias que viven en 69 edificios abandonados en la ciudad. Un veinticinco por ciento de los habitantes son madres solteras, como Suellen. Brasil tiene un déficit habitacional de más de ocho millones de viviendas, una cifra que creció con la pandemia. El precio de los arriendos en las ciudades más turísticas es la principal

causa del problema. El arriendo por una noche de una casa con terraza en Rocinha, una favela que mira a las playas de Leblon, Copacabana e Ipanema, puede costar más que una habitación en alguno de los hoteles más caros de Río. Las fachadas pintadas en las favelas son hoy un símbolo de la ciudad que le compete al Cristo Redentor. Y los guías turísticos de favela revolotean con sus chalecos en las entradas de algunas de ellas.

Suellen no solo es comunicativa. Su cuerpo robusto y un caminar lento de guía de museo, su sonrisa inextinguible y una voz que apaga reclamos y altercados muestran a una mujer que podría pararse en cualquier atril, no para dar un discurso o un sermón, sino para entregar soporte a una pequeña sociedad que siempre está en obra, frágil, a medio construir. Ella se encargó de guiar a todos sus vecinos luego del desalojo. “Vamos a una fábrica que está cerca, vamos todos”, y marcó el paso hacia la bodega prometida. Afuera de la antigua fábrica, en lo que hoy es un parqueadero, me muestra el muro con las dos eses que fueron su escritura pública cuando llegó a la ocupación. Su marca está todavía donde levantó el primer cambuche para dormir con Beatriz, su única hija, que en ese momento tenía trece años.

He usado la palabra ocupación por indicación de Suellen. Me ha enseñado la diferencia frente a la palabra invasión



que usan las autoridades. “Esa palabra suena mucho más fuerte, solo ocupamos un espacio que estaba vacío”, me dice con la sutileza semántica que retrata su inteligencia, su diplomacia, sus certezas. Suellen es una de esas personas singulares que son capaces de liderar desde el aplomo antes que desde la arenga.

Un poco del interior de los edificios ha aparecido al final de la tarde, en medio de la conversación. Se insinúan los corredores de la “fábrica”, las puertas numeradas bajo la palabra casa, las rutinas de la intimidad que aviva todos los hogares. Plantas en los corredores, televisores encendidos, el ronroneo de un aire acondicionado, un niño que se sostiene sobre el pequeño portón que le impide salir de la casa. Hasta ahora todo ha sido entrevista.

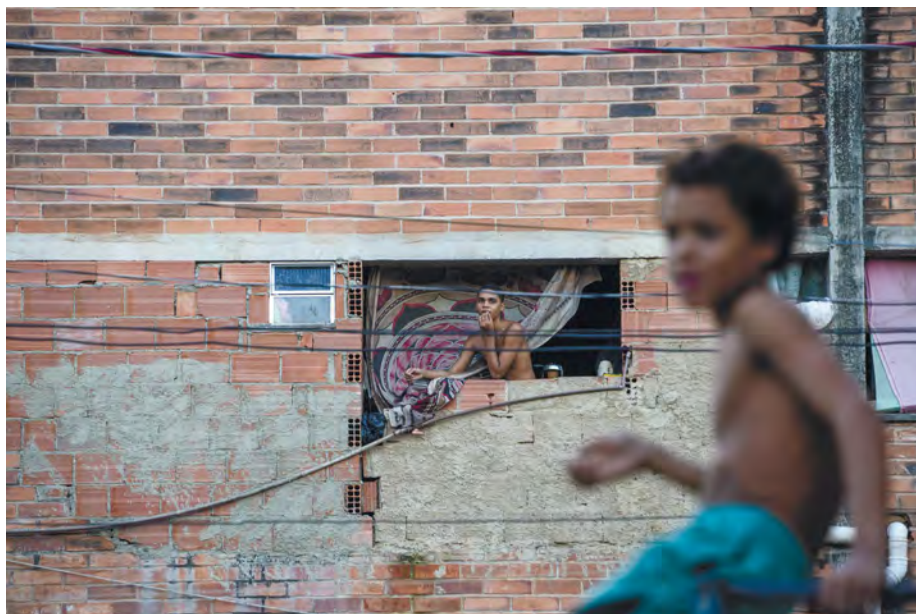
Es hora de ingresar a la vecindad. Lo primero que encuentro es una lista de precios escrita con un marcador en una columna: *alho* 2.00 *unidade*, *detergente* 3.00, *cerveja* 5.00, *cigarro* 50 cent, Duhl Hill 1.00. Son las únicas tarifas de las que se habla en la ocupación: “Aquí no existe dinero alguno”, me dice Suellen. No hay cobros, no hay pagos por administración, el agua y la luz llegan por conexiones informales que llaman “gato”. Nada tiene uniformidad en esas escalas y corredores, todo está hecho a retazos, las baldosas cambian a cada paso, las paredes son nuevas en un pasillo y gastadas cuando se voltea una esquina, todo es desigual, provisional, improvisado. Una realidad que se ha ido acomodando a un espacio, que se mueve a lado y lado y adopta posiciones extrañas, como el insomne que busca un poco de reposo. Aquí se construye en medio de la destrucción. Todos los pasillos parecen conducir a lugares iguales, confunden, atemorizan por momentos. Es fácil perderse entre los laberintos de esos dos edificios de tres pisos.

Los apartamentos son variados, casi todos de techos altos y con un solo espacio por la estructura de la fábrica, los del último piso con aire acondicionado, otros estrechos, recién cortados por un muro todavía fresco. Todos pulcros al interior, guardando un orden que quiere desmentir el caos de afuera, manteles y colchas tendidas, electrodomésticos como tótem principal, retratos de los niños impresos en las papelerías, ropa colgada en los pasillos. Los corredores tienen una penumbra fresca. En un rincón un olor a marihuana para adornar el recorrido.

De la mano de Suellen, que todo el tiempo va riendo, saludando, dando respuestas, entramos a la casa de Leonardo. Acaba de llegar a la ocupación. Su apartamento es un cuarto amplio bajo el aspecto de un gran almacén de variedades: porcelanas, vajillas incompletas, frascos variados, candelabros... Todo en su puesto, ubicado con método. En un rincón de ese gran baúl está un arrume de arena protegido por unos ladrillos en el piso. Es la definición precisa para la ocupación: todo está perfectamente ordenado y al mismo tiempo en obra. Una manera de luchar contra la inestabilidad. El estudio de la Universidad de Río sobre las ocupaciones muestra que buena parte de sus habitantes son personas pertenecientes a la comunidad LGBTQ, como Leonardo. Muchos llegan a las ocupaciones huyendo de abusos y amenazas en algunos barrios.

A Suellen le entran mensajes a toda hora en su celular. Un grupo de WhatsApp la bombardea durante su trabajo esporádico como empleada doméstica, la sobresalta en la noche, le toca el hombro el día que decide irse de playa. Es una especie de consejo de administración permanente. Debe arreglar pleitos, aconsejar jóvenes, distribuir turnos, hacer llamados de atención, recordar a





cada momento que solo como comunidad podrán vivir, que la precariedad solo se puede sobrellevar con calma y respeto. “La vida no es fácil para todos. Yo no vivo solo mi vida, vivo la vida de los más próximos, me pongo en su lugar. Somos libres, somos una comunidad, todo se conversa”. Suellen lo dice con convicción mientras el sol de la tarde la hace ver tan verdadera. La ilumina de frente cuando contiene una lágrima porque lo suyo es la risa. Su tarea hace pensar en las unidades de grandes edificios con vivienda de interés social que viven al borde del fracaso y el tropel en muchas ciudades del mundo. Los problemas de la vida vertical se manejan mejor en esa copropiedad donde todas las zonas son comunes.

La conversación, en medio de esa mezcla de portugués y español, entrega equívocos y revelaciones. Por momentos el portugués es un español contado en sinónimos, con palabras que dan nuevos significados, agudezas imprevistas. El próximos que usa Suellen es tal vez un prójimos, me ha dicho que dios está por encima hasta de su hija, y ese giro, ese cambio de una jota por una equis define bien toda nuestra charla. “Prójimo: persona próxima, que por pertenecer al género humano debe ser objeto de caridad y solidaridad”.

Al final de uno de los pasillos hay una ventana recién hecha a cincel para ventilar un poco. Una claraboya. Me asomo para tomar algo de esa luz y me sorprenden dos jóvenes que conversan en la calle, al lado de un poste. Cada uno carga un fusil en medio de la charla relajada. He visto esa misma imagen en esquinas de varias favelas. Pero esta vez la sorpresa me encandila. Le pregunto a Suellen por el papel de los grupos armados, las bandas, los combos, los llamaríamos en Medellín. “Aquí es una ocupación, aquí no es de ellos, este es un sitio de respeto”, me responde. “Yo siempre voy de frente, aquí vienen jóvenes, han llegado luego de dejar las armas, si no, no hay entrada”. De modo que la *pre-feita* no solo lidia con la política interna sino que también maneja las relaciones exteriores con las repúblicas más allá de la ocupación.

No solo las personas sin techo ocupan fábricas abandonadas en la ciudad. Uno de los grandes comandos de las Unidades de Policía de Pacificación (UPP), cerca de la ocupación que tutela Suellen, está instalado en una antigua fábrica de Coca Cola. Estas unidades comenzaron a funcionar hace un poco más de quince años y son la fuerza de choque para

buscar control en las favelas, una especie de Caballo de Troya para intervención en los barrios más duros. Suellen me dice que no le gusta mucho el Estado, la desconfianza es el signo en la relación entre una muy buena parte de la población de Río y las instituciones. Los abusos de la Policía de Pacificación han jugado un papel clave en esa creciente enemistad.

Ese enfrentamiento parece estar lejos de la ocupación. Alguna línea indefinible hace que esa comunidad habite un espacio aislado, con normas propias como su arquitectura al estilo de un rompecabezas con las piezas mordidas en cada esquina. Un abismo para mirar a la ciudad de los barrios de clase media y alta, el mismo día que visité a Suellen caminé por Gávea, un barrio cercano al hipódromo, en el sur de la ciudad, y sentí que había hecho un largo viaje, que me separaba no solo un paisaje y un espacio sino un día de trayecto. Pero además de ese abismo, hay también una línea, un cerco imaginario, que parece proteger a la ocupación de algunas plagas que recorren los barrios más crudos de las favelas.

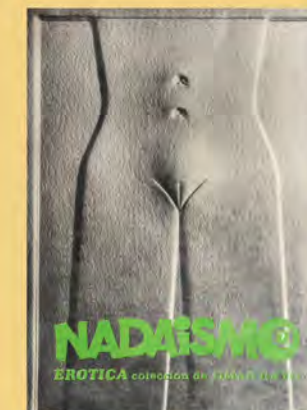
Caminando en los corredores aparece la escena familiar para la foto. Quedamos en la mitad del cumpleaños de un niño de unos cuatro años. El papá llega justo cuando pasamos con Suellen y toca improvisar un canto y un regalo. Las risas sorprendidas de los espontáneos que caminábamos por el edificio. Un minuto antes vi que el niño jugaba con un tren hecho de piedras desiguales sobre una silla Rimax. El juguete me hizo pensar en las carencias más tristes. Unos minutos más tarde, ya sentados afuera del edificio, la familia completa, papá, mamá e hijo, nos despiden animada desde una moto. No todo es tan precario como parece a primera vista. Las ocupaciones son también un espacio cercano a los lugares de trabajo. Un alojamiento gratuito, transitorio, pero con algunas ventajas. Suellen trabajó durante seis años en una cafetería en el aeropuerto de Río. Tener trabajos estables y con todas las prestaciones laborales no ha impedido que lleve años viviendo en ocupaciones.

La noche antes de mi segunda visita a Suellen Colombia perdió 2-1 contra Brasil en un partido por las eliminatorias al mundial. La ciudad no se conmovió por ese triunfo, es más, no se inmutó, es más, casi ni se enteró. Le pregunto a Suellen, hinchas del Flamengo, si vieron el partido y me responde con una risa burlona. Me dice que lo vieron y que la ocupación gritó con toda el gol de Vinícius Júnior que le dio el triunfo a Brasil: “Me alegró sobre todo que fuera de Vinícius, él nos reivindica contra el racismo, su gol fue maravilloso, aquí la policía trata a los negros como animales. No se grita igual un gol de Vini”, me dice sin dejar de reírse. Estamos hablando en el Día Internacional por la Eliminación de la Discriminación Racial, justo después del triunfo de Brasil: “Vini es muy oportuno”, me remata. Muchos gestos en Río, los más evidentes y los más inesperados, responden a la discriminación racial. No importa que Suellen no sea una mujer negra, el color de la piel ha marcado las injusticias de la ciudad, divide los barrios y se recuerda en todos los ámbitos. En la música, las protestas, la celebraciones de gol...

El proceso sobre los dos edificios sigue su curso en los juzgados de Río. Los hijos del dueño de la antigua fábrica esperan un fallo. Los acreedores esperan un pago. Los habitantes de la *Ocupação Daru* no saben de trámites y papeles. También ese mundo de formalidades está lejos. Le pregunto a Suellen por la esperanza de ir a un sitio más estable, de vivir en un lugar menos incierto. Responde con una certeza: “Me da temor, ya tengo una vida aquí, ya tengo un lugar, no sé cómo va ser en otra comunidad”.^(C)

¡Volvió Tinta no Extinta!

Una exhumación de revistas, volantes y fanzines autoinsostenibles que han circulado en Medellín durante los últimos 60 años.



Fallarán los discos duros, desaparecerán los disquetes, se borrará lo que tenemos en la nube tras un apagón... ¿pero qué catástrofe tiene que acontecer para perder lo impreso? *Lo impreso, impreso está.*

Y ahora esta colección de más de 150 publicaciones independientes, estará protegida por mucho tiempo en la Sala Antioquia de La Piloto, el archivo bibliográfico y documental más grande de la región que justo celebra 40 años.



Una exposición de Universo Centro y Punto Seguido, producida por el Museo Cámara de Maravillas.

Visítela en la Sala de Exposiciones de la Biblioteca Pública Piloto hasta julio de 2025.

Lunes a viernes de 8:30 a.m. a 7:00 p.m.
Sábados de 9:00 a.m. a 6:00 p.m.

Punto seguido  universocentro

 SISTEMA DE BIBLIOTECAS PÚBLICAS DE MEDELLÍN

 bpp BIBLIOTECA PÚBLICA PILOTO

 Alcaldía de Medellín
Centro de Ciencia, Tecnología e Innovación

Héroes Mil, en el Parque Berrío de Medellín

La instalación escultórica de gran formato del artista Juan Fernando Herrán se exhibirá de manera gratuita en la plazoleta de ingreso al Centro Cultural del Banco de la República en Medellín hasta el 18 de septiembre de 2025.

Estos pedestales de madera son una reinterpretación de los pedestales de las esculturas de los héroes de la nación colombiana que fueron encargadas por el Estado durante el primer Centenario de la Independencia en 1910. La obra de Herrán replantea la lógica del monumento desafiando la exaltación tradicional de los próceres como artífices de la historia.

Visite también la muestra del mismo artista, *Materalidades y constelaciones*, que estará exhibida en el MAMM hasta el 15 de junio de 2025.



Este reportaje fue realizado con el apoyo de la International Women's Media Foundation (IWMF) como parte de su iniciativa de Derechos Reproductivos, Salud y Justicia en las Américas.

Fausia

por ANDREA ALDANA • Ilustración de Señor OK

Fausia siempre lleva las cuentas, ninguna fecha se le escapa. Han pasado seis años, seis meses y veintinueve días para que consiguiera llegar aquí, para que su madre se suba al estrado a declarar sobre lo menos relevante de esta historia, la más absurda de las actuaciones judiciales ordenadas en este proceso. Una pequeña puerta que ha quedado abierta para que el caso no se cierre definitivamente. El abogado defensor lo sabe, no en vano lo dice en alto y queda consignado en el acta: “¿Qué tiene que ver el dinero de esta organización con los hechos acontecidos?”. Es comprensible, la verdad es que no tiene mucho que ver, pero estas audiencias están llenas de marrullerías. Solicitar esta declaración fue otro truco, una artimaña más de un juez tramposo para darle un viso de legalidad a un cierre apresurado del juicio. Esta vez el truco falla y se voltea, la nueva audiencia pasa a ser as de diamante en baraja de la acusación y dos de trébol en la de la defensa. La declaración continúa, quien dirige el juzgado cede la palabra a la fiscal del Ministerio Público para que interroge a la madre de Fausia. La fiscal empieza.



—¿Cuál es su función en la organización?
—Soy presidenta.
—¿Desde cuándo desempeña ese cargo?
—Desde hace muchos años.
—¿Cuál es su función?
—Velar por mi pueblo, hacer valer sus derechos.
—¿En qué lugar se encuentra asentada esa organización?
—Aquí en Catacamas, y también en Tegucigalpa, allá está la oficina principal.
—¿Por qué cambió de domicilio?
—Por el atropello que sufrí mi hija.
—¿Qué tipo de atropello?
—¡Objeción! —interviene la defensa—. ¡Objeción, su señoría!
—Ha lugar —resuelve “su señoría”, y le recuerda a la fiscal que el interrogatorio es concreto, que de conformidad con lo que se resolvió en pasadas audiencias las preguntas solo pueden ser sobre “los fondos que la testigo administraba”. La fiscal continúa.
—¿Qué tipo de fondos manejaba usted?
—De diferentes proyectos y diferentes grupos.

—¿Cómo repartían esos fondos?
—A través de la ONU, los fondos se repartían equitativamente.

La madre de Fausia responde un par de preguntas más y en una de ellas aclara que ellos no tocaban dinero, que el dinero lo repartía el Fondo Hondureño de Inversión Social. Lo dice con convicción, como si este dato importara en

esta audiencia preliminar a un juicio todavía incierto.

—No más preguntas —dice concluyente la fiscal.

El juzgado cede entonces la palabra a la acusadora privada, a la abogada del Centro de Derechos de Mujeres que representa a Fausia, y le pide que prosiga con el interrogatorio. La abogada continúa y hace su primera pregunta a la madre que aún responde desde el estrado.

—¿Qué relación tiene su trabajo de defensora de derechos humanos del pueblo nahua con lo que le sucedió a Fausia el 13 de noviembre de 2015?

—¡Objeción! —vuelve a intervenir la defensa—. La pregunta es subjetiva, no tiene pertinencia, no tienen nada que ver los derechos humanos con este delito de supuesta violación.

Victoria Tauli-Corpuz, entonces relatora especial de la ONU sobre los derechos de los pueblos indígenas, anunció el 30 de octubre de 2015 que haría un viaje oficial e inmediato a Honduras —del 2 al 10 de noviembre— para evaluar la situación de esta población en el país, y después agregó que para ello se reuniría con representantes de la comunidad indígena, organizaciones de la sociedad civil y funcionarios gubernamentales.

En ese momento la familia de Fausia destacaba por su liderazgo, su madre era la presidenta de la federación indígena y su padre el cacique del pueblo. Aunque a ser líderes llegaron casi obligados. La cuestión fue así: su comunidad tenía la certeza de ser dueña del territorio que habitaba en el municipio de Catacamas y contaba con un título como respaldo; un documento llamado Sancelis, aún custodiado en el Archivo Nacional de Honduras, escrito y firmado por la Corona española en 1784, y que otorga la propiedad de las tierras al “común de indios de Catacamas nacidos o por nacer”. Todo estaba claro hasta acá, todos cumplían con sus límites y sus funciones. El problema surgió en 1952, cuando el presidente Juan Manuel Gálvez ordenó la colonización del sitio conocido como San Cáliz y, con el decreto 2357 del 26 de noviembre de 1951, usurpó la tierra conferida a los indígenas para crear lo que llamó Colonia Agrícola Nacional.

¿Las consecuencias? Comunidades indígenas se vieron invadidas por ocupantes que empezaron a devastar el territorio, e inició una estrategia de menosprecio y maltrato al indígena con el fin de expulsarlo de su tierra, ahora convertida en colonia con mucho material para explotar.

—La gente se empezó a ir, éramos pocos los que resistíamos —dice el padre de Fausia en una declaración juramentada—. Los mestizos nos intimidaban, o se hacinaban sobre nosotros para no dejarnos salida.

Las peleas, la humillación, las amenazas eran constantes y empezó el asesinato de indígenas que destacaban por exigir que les devolvieran la tierra. La comunidad de Fausia lo pasaba mal, además, el gobierno no los quería reconocer. Por eso se vieron abocados a la organización. Así consiguieron que el nahua fuera el último de los siete pueblos indígenas reconocidos por el Estado de Honduras. Y con esto, afianzaron su derecho a exigir lo que les fue entregado en un título.

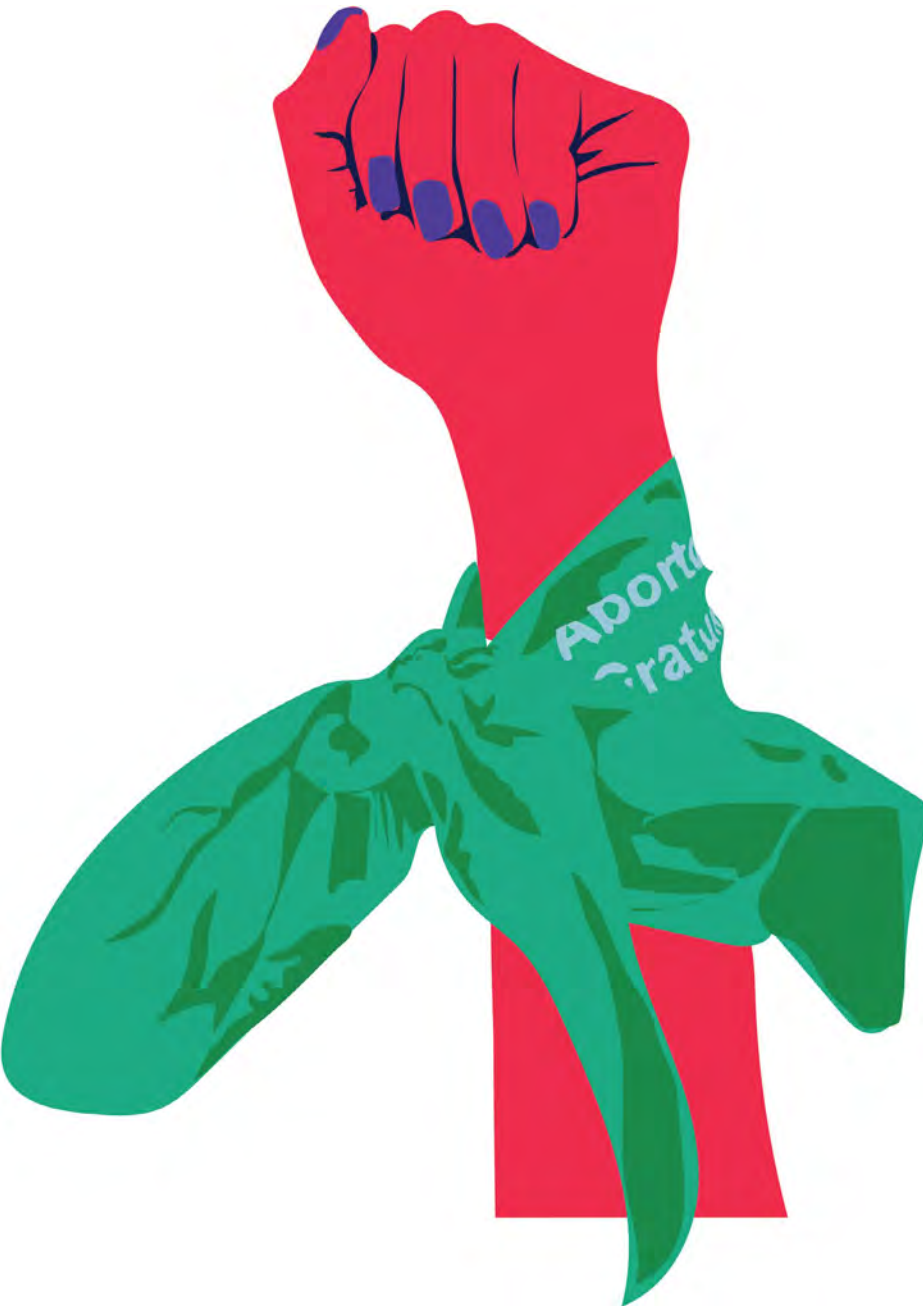
Este proceso lo lideró la familia de Fausia, por eso nombraron a su padre cacique y a su madre presidenta de la organización, y como ya eran líderes indígenas bastante destacados, fueron convocados a la reunión con Victoria Tauli-Corpuz, la relatora especial de la ONU.

La madre de Fausia viajó de Catacamas a Tegucigalpa para el encuentro. Fausia se quedó en casa junto a su padre. No era prudente dejar sola

la vivienda. Integrantes de la familia Cruz, colonos y colindantes a lado y lado de su propiedad, hace rato los amenazaban con expulsarlos y despojarlos de su tierra. Días atrás, incluso, intentaron cerrar el paso al río que pasa por detrás de la vivienda y que los abastece del agua, Fausia y su padre lo impidieron, la persona que intentaba parcelar amenazó: “Esta sí me la van a pagar”. El ambiente no estaba para aumentarse del predio.

En Tegucigalpa la movida concluía, la visita oficial de la relatora especial de la ONU finalizó el 10 de noviembre de 2015 y ese día emitió un comunicado. Entre otras cosas, dijo: “En el curso de mi visita y de mi examen de la situación de los pueblos indígenas, he observado la situación crítica a la que se enfrentan, entre ellos, la falta de respeto a sus derechos sobre tierras, territorios y recursos naturales; la violencia, impu-

ro para llenarlo, necesita agua para cocinar la cena. Llega a la orilla, introduce el cubo en el arroyo y de pronto siente como un par de manos le aprisionan los brazos por detrás, la inmovilizan. Otra mano tapa su boca. Ella forcejea, la insultan; ella sigue braceando, le ponen un cuchillo en el cuello y la increpan: “¡El dinero! ¡Danos el dinero de los proyectos!”. No entiende. “¡El dinero!”. Ella responde que no tiene ningún dinero, cuál dinero. La golpean, la tiran al suelo, le sueltan una lluvia de patadas en el pecho y en las piernas. Son dos hombres, están encapuchados. Uno se le tira encima, le vuelve a poner el cuchillo en el cuello; el otro se queda de pie en el río, vigila que nadie llegue. Fausia ve la cicatriz en el brazo del hombre que tiene encima y que intenta someterla a golpes. Ella trata de resistir pero el terror le está arrebatando las fuerzas. Siente que el tipo le sube el vestido, el miedo la in-



moviliza, el puñal sigue en su cuello, el hombre se desabrocha el pantalón. Le escucha decir: “Ah, ¿no hay dinero? Entonces vas a pagarlo de otra forma”.

Fausia queda tirada en el suelo, le cuesta recuperarse. Con mucho esfuerzo se levanta y arrastrando los pies consigue acercarse a su casa. Su padre, que no escuchó nada, la ve llegar bastante malherida. La auxilia. Fausia solo le dice que dos hombres la golpearon mientras recogía agua en el río. Él va hacia el río a ver si los atrapa, solo encuentra el balde quebrado y rastro de forcejeo sobre la arena. Ella no le cuenta nada más, prefiere llamar a su madre, le pide que regrese urgente de Tegucigalpa.

La madre no alcanza a tomar el último bus a Catacamas, llega al otro día en el primero. Fausia le cuenta que la agredieron. “Me golpearon, me patearon, me insultaron”... Y con mucho dolor y mucha vergüenza mira a su madre,

suelta lo que no quiere verbalizar: “Uno de ellos me...”. Ambas se quieren morir, se funden en un abrazo, se bañan en una tormenta de llanto. No saben cuánto tiempo pasan así. Después intentan calmarse, tienen que tomar la primera decisión: contárselo al padre. Este las escucha, amenaza con ir a matarlos. Ellas lo convencen de que no, con eso no consigue nada. Ahora deben tomar la segunda decisión: ¿denunciar?

Fausia no lo hizo enseguida, estaba tan golpeada y en tan mal estado que necesitó tiempo para recuperarse, a los quince días su mamá la llevó a una clínica privada porque estaba convencida de que se le iba a morir. Solo en eso pensaba Fausia, en morirse. Los hechos se repetían en su cabeza una y otra vez. Además, identificaron a los agresores, ella supo que eran sus vecinos, Luis Ángel Cruz Palma y Douglas Armin Cruz Espinal, y solo pensar en encontrárselos le provocaba el vómito. Estaba asqueada de sí, lograron que se odiara. Y una idea empezó a anidar en su cabeza y atormentarla, entonces llamó a su madre.

—Mamá, a mí esta gente me hizo eso, yo necesito una prueba de embarazo.

Dio positivo. Creyendo que no podía romperse aún más, la vida de Fausia siguió partiéndose en pedacitos. Su madre y su padre le rogaron que sobreviviera, le recordaron que era una mujer valiente. Pero estaba destruida, tan hundida que el 12 de diciembre de 2015 la volvieron a llevar a un centro clínico porque otra vez pensaron que se moriría. Por eso su madre siempre dijo en las audiencias que ella había quedado en coma. El médico observó su retraimiento, la vio arisca, notó que Fausia percibía su entorno como amenaza, vio las huellas que aún quedaban en su cuerpo de la golpiza, le preguntó qué le pasaba. Ella le contó lo ocurrido. Sin perder tiempo le hizo otra prueba de embarazo y confirmó el positivo. Le dijo que tenía que denunciar y la remitió a la Dirección Policial de Investigaciones, la DPI.

Fausia salió de ahí directo a la DPI a poner la denuncia, allá tuvo que narrar los hechos a un funcionario y una vez terminada la declaración, la dirigieron a Medicina Forense del Ministerio Público. Un médico forense la atendió, no había acabado el día y ya era el tercer hombre desconocido al que tenía que contarle, con sumo detalle, todo el relato de la agresión sexual que sufrió. Ahí le hicieron otra evaluación, examinaron con minuciosidad sus partes íntimas buscando rastros del ataque, nuevamente una persona extraña la tocaba. “Certificaron” que efectivamente estaba embarazada y le tomaron unas fotografías “para el proceso”, por sí ella quería seguirlo o no.

El médico le dijo que debía enviar los análisis a la sede principal en Tegucigalpa, la remitió a psiquiatría de medicina forense en esa sede, y a hacerse los exámenes de VIH y otras enfermedades de transmisión sexual en el hospital San Francisco en Juticalpa, un municipio más cercano a Catacamas. Y antes de concluir la revisión, le soltó una precisa advertencia.

—Recuerde que en el país está prohibido abortar. Y nosotros como Ministerio Público ya sabemos que usted está embarazada por una violación. Cualquier situación de riesgo que sufra el feto o el bebé será penalizada, si usted atenta contra él, se va a ir presa.

Fausia no va a psiquiatría en Tegucigalpa porque no tiene dinero, días después, y porque presenta un sangrado, sí asiste al hospital de Juticalpa. Está esperanzada en que esté teniendo un aborto. Su situación es una tortura, un constante recordatorio de la agresión. Rechaza todo lo que le está ocurriendo por dentro. No sabe qué hacer con eso.

En el hospital la revisan, deben hacerle los exámenes que ordenaron en medicina forense para detectar posibles ETS, pero, priorizando el sangrado, la llevan a ginecología. Alguien dice que efectivamente puede estar en un proceso de aborto. Le introducen un espéculo para confirmar. De repente y con mucha algarabía, la doctora grita: “Está vivo, está vivo”. Fausia la mira horrorizada, se le ensombrece el rostro, la doctora tal vez lo nota porque de inmediato le devuelve una mirada de desprecio y le suelta: “Está vivo y da gracias a dios que está vivo porque si no, te vas presa”. Fausia llora ante el regaño, la asusta la amenaza, si hubiera tenido un aborto espontáneo, hubiera ido a la cárcel. Nadie repara en su historia, el personal médico por sospecha la trata como criminal. La culpable es ella.

—¿Tú crees que te trataron así porque estaban confabulados con los que te agredieron? Quiero decir, a ti te agredieron como represalia por defender tu tierra, ¿ellos harían parte de esto? —le pregunto a Fausia intentando entender la actitud del personal médico que la atendió y que me resulta miserable.

—No, no, ellos no sabían. Ese es simplemente el trato que recibe cualquier mujer pobre o vulnerable en Honduras.

—¿Y qué hiciste?

—Me asusté tanto que me fui de ahí. Me fugué con mi mamá que me estaba esperando afuera, no me hice exámenes de VIH ni nada. Yo estaba desolada. No me resignaba a esa situación. Iban pasando los meses y yo no encontraba qué hacer. Es que yo ni siquiera sabía que en el país era ilegal abortar en estas situaciones, digo, como producto de eso que me pasó. Yo no sabía nada.

—¿No sabías?

—No, acá no tenemos educación sexual y nosotros como comunidad indígena aún menos. Yo no sabía nada.

—¿No tienen educación sexual en Honduras?

—No —interrumpe Regina Fonseca, cofundadora del Centro de Derechos de Mujeres, una mujer amorosa y con un sentido del humor finísimo, que me acompaña mientras hablo con Fausia—. La presidenta vetó la ley de educación sexual.

—¿La presidenta? ¿Xiomara Castro? —Sí.
—¿Y no se supone que ella era de izquierda, progresista?
—Ah, ¿y cómo es Petro en tu país?
—...

—Es que el lobby de la religión en la política es muy fuerte —dice Fausia tomando de nuevo la palabra.

Grosso modo, esto fue lo que pasó. El 8 de marzo de 2023 y luego de ocho años de intentarse, con 57 votos a favor y 40 en contra, el Congreso de Honduras por fin aprobó la Ley de Educación Integral de Prevención al Embarazo en Adolescentes. Como respuesta, el 22 de julio, sectores religiosos, políticos y movimientos de padres de familia marcharon en contra de la ley argumentando que buscaba implantar “la ideología de género” en niños y niñas. Una semana después, Xiomara Castro publicó en Twitter: “Veté esta Ley, por no cumplir su finalidad de ser integral”. La presidenta progresista y con programa feminista prohibió una ley de educación sexual en un país en el que 71 622 niñas y adolescentes dieron a luz entre 2020 y 2022, según datos de su propia Secretaría de Salud.

Honduras es cruel con el cuerpo femenino. Hay otro dato en su Sistema Nacional de Información Educativa: 5241 embarazos de niñas entre los 8 y 17 años; 1179 son menores de 14 años. Su Código Penal tipifica como violación mantener relaciones sexuales con menores de catorce años. Pero cuando

estas menores quedan embarazadas e intentan interrumpir su estado, es a ellas a quienes criminalizan, las investigaciones correspondientes no avanzan contra el autor del delito. Honduras es más que cruel, ultrajan a sus mujeres y como respuesta las somete a la maternidad forzada.

—Es tan horrible todo acá. Cuando me pasó eso yo ni sabía que la PAE existía, no sabía qué era eso. Si hubiera sabido... —dice Fausia dejando ir su mirada al suelo.

—¿La PAE?

—Píldora Anticonceptiva de Emergencia —contesta de forma automática Regina—. Aunque en ese momento tampoco era legal.

Durante diez años la PAE fue legal, pero el 2 de abril de 2009 el Congreso Nacional, cuyo presidente era Roberto Micheletti, decretó prohibir la PAE y cualquier fármaco anticonceptivo por considerarlo abortivo. El 15 de mayo, el presidente de la república, Manuel Zelaya, vetó este decreto por constituir “una clara violación al estatus de Estado laico y a los derechos humanos de las mujeres”. Mes y medio después le dieron el golpe de estado a Zelaya y Micheletti fue declarado el sucesor de facto, al asumir el poder, prohibió definitivamente la pastilla.

En parte del imaginario popular, se cree que a Zelaya le dieron el golpe de estado por defender la píldora. Y no importa cuántas veces se explique que es un fármaco que solamente impide la

ovulación, que no es un método abortivo, la libertad sexual de las mujeres siempre será un arma política.

A tres días de cumplir cuatro meses de embarazo, el 10 de marzo de 2016, Fausia llegó por primera vez al Centro de Derechos de Mujeres (CDM) buscando ayuda. Gracias al liderazgo de ella y su familia, logró una audiencia con el representante de la Oficina del Alto Comisionado de la ONU para los Derechos Humanos en Honduras. Puso en conocimiento su caso y fue él quien la dirigió al CDM.

Llegó con una conmoción evidente, con llanto fácil, ansiedad, desesperanza frente a su futuro y una desnutrición visible. Así lo consigna un informe de la visita. Quería interrumpir su estado, buscaba orientación legal para hacerlo. Y de no ser posible, quería dar “el producto de la violación” en adopción. Allí le explicaron el riesgo en el que ya estaba por el tiempo de embarazo en caso de lograrse la interrupción, y le plantearon un escenario inesperado en cuanto a la segunda opción: el asunto del ADN.

—Para mí todo era una tortura. Me sentía completamente desamparada —recuerda Fausia—. Cuando puse la denuncia, el médico forense me dijo que debía esperar seis meses para hacer una prueba para determinar el ADN y hacer la comparación con la del agresor, dijo que se hacía en Estados Unidos y que era muy cara, pero que yo la podía hacer. La otra opción era esperar los nueve meses a término para hacer la prueba.

La denuncia continuaba, la prueba de ADN era determinante para confirmar la identidad del agresor. Y el CDM le explicó a Fausia que el Ministerio Público pediría esta prueba y que nadie podía negarla. En el caso de la adopción, eso podía significar que quien tuviera la guarda del menor en cualquier momento debía llevarlo a Medicina Forense para que le practicaran el test. Y otra posibilidad era que una vez el violador saliera de la cárcel podría intentar ubicar a los adoptantes y pedir la paternidad. El escenario no podía ser más aterrador.

Ese mismo mes, Fausia empezó a recibir amenazas. Una vez acabó la agresión y antes de salir corriendo, los agresores le advirtieron que si ella los denunciaba, la mataban. Y no tenía claro que ellos supieran de la denuncia pero empezaron a hostigarla: gritaban en la puerta de su casa, se la macheteaban, la vigilaban cuando iba al río y a su hijo de siete años le hacían lo mismo cuando iba a la escuela. Antes de acabar marzo, salió desplazada de la comunidad.

El CDM perdió contacto con ella, pero en junio llamaron al Ministerio Público para estar al tanto de la denuncia. Allí les dijeron que no había ingresado y las remitieron a la Policía. Supieron que el agente Marvin Colindres había hecho la investigación y estaban pendientes de que remitiera el informe. Una semana después lograron contactar a la madre de Fausia y esta les dijo que el parto estaba programado para julio. El CDM volvió a llamar a Colindres para notificarle esta fecha y pedirle que se practicaran las pruebas de ADN tanto a Fausia como al menor. El agente asintió y dijo que enviaría la solicitud a la Fiscalía de Catamayas para que lo ordenara.

—¿Cuándo desististe de la adopción? —le pregunto a Fausia sin saber qué terreno estoy pisando.

—El día que me hicieron el ultrasonido. Ya me habían hecho varias ecografías pero esta vez fue para identificar el sexo del bebé. Yo tenía claro que era un niño, no contemplaba otra cosa. Era un niño y lo iba a dar en adopción. Cuando me dijeron que era niña fue como si me metieran una puñalada en el corazón.

Fausia estaba absolutamente incapacitada para sentir algo por ese bebé, solo rechazo. Pero era niña. ¡Una niña! Le atormentaba pensar que le podían hacer lo mismo que a ella. No podía permitirlo. El tema adopción se canceló; el tema querer morir se no, por eso atentó contra su vida. Se salvó porque su padre estaba cerca y alcanzó a sostener su cuerpo que pendía de una cuerda improvisada.

Son casi las doce de la noche del 17 de julio de 2016. Le duelen los pies, las piernas, se aguantan hasta el día siguiente. Seis meses atrás se resignó a su situación y decidió ir a los controles del embarazo. La regañaron, le dijeron: “Qué mujer tan descuidada, cómo puede ser tan irresponsable, cómo puede ponerse en control tan tarde”, le programaron una cesárea entre 18 y 22 de julio. Ahora son las seis de la mañana del 18, el cuerpo le sigue doliendo, va a la clínica para que le programen fecha

exacta. La revisan, está dilatada, ordenan que la intervención sea ese mismo día. No entiende, no está preparada. La ingresan a un cuarto, se desviste, la preparan. Está desconcertada. Dos hombres entran, parecen doctores, uno le da un papel, le dice que lo firme. Ella no entiende. Él insiste en que firme, que es un consentimiento para esterilizarla, no le explica las consecuencias. Ella sigue sin entender. Él se enoja. Ella no firma. “Dentro de dos años te veré pariendo otra vez aquí”, le dice el hombre y se va. La llevan a parto, empieza a llorar, llora mucho. La doctora le pregunta qué le ocurre. Ella le cuenta, explica que lo que va a salir de su cuerpo es producto de una violación, que no lo quiere. La médica sube los hombros, dice “Ah”. La niña nace. Ella siente la extracción. La niña llora, una enfermera se la acerca para que le dé un beso. Ella gira su cara hacia otro lado, pide que por favor se la retiren. Se llevan a la niña a una sala de cuidados, a ella la llevan a una de recuperación. A las cinco de la tarde la llevan a posparto. Alguien trae a la niña y se la entregan para que la amamante. Ella no quiere. Entra más personal de enfermería para vigilarla. Ella insiste en que no quiere. La regañan, alguien dice “eso no lo hace ni un animal”, otra persona agrega, “ni una vaca porque las vacas no hacen eso”. Se siente humillada. La niña llora, no para. Nadie le da otra opción. Ella no quiere, no quiere, pero el llanto no para. La amamanta.

Le dan el alta. Le dicen que debe pagar un egreso del hospital. Ella no tiene dinero. Discretamente, una persona explica que es un parto por violación y la dejan salir. Ningún policía fue a preguntar por ella, nadie le tomó muestras de ADN.

Fausia tuvo su hija y al sexto mes de nacida, durante su día de descanso, estaba trabajando de cajera en un restaurante, le pidió a su madre que se acercara al Ministerio Público y preguntara en qué iba la noticia judicial. Ya era enero de 2017. De pronto recibió una llamada de la madre: “Hija, trae la denuncia, trae la niña, báñala y te venís. Acá dicen que no hay denuncia”.

Entró en cólera. Agarró a su hija y llegó al ministerio. Y después de una humillante espera, la recibió el director de fiscales.

—Sí, como le explicaron a la señora, acá no hay denuncia, le va a tocar que vaya otra vez a la DPI para que se la den. Además, no hay suficientes pruebas que demuestran lo que usted dice. La denuncia está perdida y no hay pruebas.

—Ah, ¿no hay pruebas? —dijo

Fausia conteniendo la ira—. ¡Pues acá está la denuncia! —agregó, soltando la ira y aplastando el papel sobre la mesa del fiscal—. Saque una copia y me entregue la mía. Han pasados seis meses, seis meses!, que han sido un infierno para mí, usted no sabe todo lo que yo he pasado, y que usted me diga que está perdida la denuncia y que no hay pruebas suficientes es inaceptable. ¿No hay pruebas? ¡Acá está la prueba, hágale el ADN!

El funcionario se quedó mudo, una bebé de seis meses envuelta en una sábana movía las manitos sobre su escritorio.

El 15 de febrero de 2017 capturaron a Luis Ángel Cruz Palma y Douglas Armin Cruz Espinal. Al día siguiente se dio la primera audiencia y se les decretó medida cautelar de detención judicial, llegaron a la cárcel y el caso quedó en manos del juez Alex Eduardo Sabonge Almendares. Y como abogado defensor de los imputados asumió José Manuel López Salgado. El 21 del mismo mes en otra audiencia declaran las partes. Luis Ángel, que es el violador, dice que es mentira la acusación de Fausia, que ellos tenían una relación. “Nos acusa de esa violación, para mí es falso porque nos dedicamos a trabajar, y ella no sé si es piquía o celos, ella vivía conmigo después de eso, dos meses o tres meses vivió”. Después se contradice, dice que solo vivieron en octubre de 2015 y algo de noviembre, ajusta las fechas a los hechos. Ella se sostiene en su versión, vuelve a relatar la agresión. Sabonge decreta “auto de procesamiento formal”, a Luis Ángel Cruz Palma a título de autor y a Douglas Armin Cruz Espinal a título de autor en cooperación.

A ella le dice que se harán dos audiencias más, una con abogados y en la siguiente nuevamente con las partes, incluida ella. Y después de las audiencias se dio cuenta que el juez era marrullero. Las diligencias se hicieron y en ninguna estuvo Fausia, no la citaron. En la última, fechada el 22 de junio, Sabonge revocó el auto formal de procesamiento y dictó un “sobreseimiento provisional” de la causa, una resolución judicial que puso fin al proceso penal antes de llegar a una sentencia, y que dejó a los acusados en la calle y libres de cargos. La defensa mostró un vaciado telefónico de dos números de teléfonos y argumentó que eran los de Fausia y Luis Ángel, que se cruzaban llamadas, y que eso demostraba su relación sentimental. Y de todo esto se enteró Fausia porque se encontró a sus agresores en la calle.

El juez basó en eso su dictamen y para aparentar legalidad y justicia, dispuso cinco años como plazo para una posible reapertura del proceso y para presentar nuevas pruebas, ampliar información sobre el vaciado teléfono y ampliar declaración con la madre de Fausia para indagar sobre los fondos que manejaban ya que ese era el móvil de la violación.

Los cinco años siguientes Sabonge se dedicó a dilatar el recibo de pruebas, los documentos en favor de Fausia se perdían en el juzgado, y se valió de cualquier artimaña para no reabrir el juicio. Casi tres meses antes de cumplirse el plazo, la abogada del CDM que representaba a Fausia le escribió, le pidió que por favor citara audiencia para que pudieran presentar sus nuevos elementos, entre ellos la declaración de la madre de Fausia, y determinar la prosecución del proceso —es decir, reabrirlo— y le recordó que quedaban pocos días. Sabonge se tomó un mes para dar por recibido este oficio y fechó la nueva audiencia un mes después, el 1 de junio de 2022.

Ante el abuso, Fausia puso un reclamo oficial contra Sabonge y se dio cuenta de que el suyo era una más de las 150 peticiones contra el juez, la suya fue la que derramó la copa porque el 25 de mayo Sabonge fue cesado del cargo.

La nueva audiencia se llevó a cabo y la nueva juez, ante toda la evidencia, ordenó reabrir el caso. Año y medio después Luis Ángel Cruz Palma y Douglas Armin Cruz Espinal fueron condenados. El primero a catorce años de prisión por el delito de violación agravada y el segundo a nueve años por el delito de partícipe en grado de cómplice.

El día que puso a su bebé como prueba en el escritorio del fiscal Fausia prometió llegar a instancias internacionales buscando justicia. En 2024, El CDM y el Centro de Derechos Reproductivos llevaron su caso a la Comisión de Derechos Humanos de Naciones Unidas, la comisión lo admitió. Honduras la había forzado a una maternidad y sometido a una tortura. Si la comisión falla a su favor, es probable que se obligue al país a cambiar su legislación frente al aborto.

Pero Honduras da pasos de gigante en cuanto a opresión: en 2021 reformó la Constitución para blindar la prohibición del aborto que ya estaba en su artículo 67. Ahora se requieren tres cuartas partes del pleno del Congreso para derogar o modificarlo, el mismo requisito que para un juicio político al presidente.

Busco qué significa Fausia, que es el nombre que ella escogió para resguardar su identidad. “Deriva de la palabra *faustus*, que significa afortunado o feliz”. ¿Será posible una sonrisa detrás del abuso y el tormento?🇹



CUATRO POEMAS DE JUAN DOMINGO AGUILAR

LA PISCINA

Mi padre y yo limpiamos la piscina de su casa
el agua se echó a perder este verano
como nuestra familia hace tiempo,
me pregunta si recuerdo cuando
mi hermana y yo éramos pequeños
y nos bañábamos en la acequia
de mis abuelos con el resto de primos,
miento y le digo que no
para no hablar de ese tema
ni tampoco de por qué siempre
prefirió a mi hermana
incluso cuando me fui más lejos,
el líquido marrón nos moja los pies
es una mezcla formada por insectos
hojas y tierra marrón igual
que una familia es una mezcla podrida
pienso, ya montado en el tren
a punto de terminar las vacaciones
mientras veo a mis padres
despidiéndome con la mano
desde los andenes de la estación.
Me duermo y a los pocos minutos sueño
que tengo cinco años y no sé nadar,
sueño que mi abuelo se lanza al agua
para evitar que me ahogue,
entonces me despierto de golpe
preguntándome si mi vida
se resume en esto si puede
que mi vida hoy también
sea solo esto:
una pequeña piscina
donde me miro y compruebo
a cada instante
si todavía hago pie.

LOVE SONGS ON THE RADIO

Mi padre arregla una radio
sentado en el porche,
ajusta las frecuencias para que las emisoras
estén colocadas en los botones de siempre,
coloca adhesivos alrededor
para que el aparato resista otro invierno,
sabe que agosto en un pueblo del sur significa
que la canción del verano este año
como cada año es el canto triste
de las cigarras y los burros.
Mi padre me ve a lo lejos
sentado en la mesa de piedra
que mis abuelos colocaron junto a la piscina
cuando mi hermana y yo éramos pequeños,
algo cruje cuando vuelvo a casa,
me mira igual de triste que esos animales,
intenta decir algo pero no lo consigue,
quiere preguntarme por qué sigo empeñado
en escribir sobre nuestra familia
en lugar de buscar un trabajo de verdad
y una vida de provecho,
quiere preguntarme
por qué somos tan parecidos
y nos cuesta tanto reconocerlo,
por qué somos incapaces de mantener
una conversación sin terminar gritando,
por qué nunca recurro a él
cuando tengo un problema
y mi acto reflejo es marcar
el número de mi madre,
quiere preguntarme
pero no lo hace,
aprieta la radio en silencio
juntando a la fuerza
una pieza con otra:
intenta que las cosas
no se rompan del todo.

SUPER - 8

Cuando era pequeño
vi llorar a mi padre por primera vez,
mi tío hacía películas caseras
y una tarde proyectamos
la del último viaje
que hicimos en familia.
La cara de mi abuelo
apareció junto a una balada de fondo,
entonces aprendí,
todas las canciones de amor
tienen por protagonista
a un muerto.

QUÉ LARGO ES MORIR

Qué largo es morir durante toda una vida,
largas las películas, los domingos por la tarde,
las horas extra, tu currículum.
Qué larga la jornada laboral y los estantes del Carrefour,
las retenciones en la A-92 a finales de agosto.
Qué larga la cola del INEM y las comidas familiares,
la cuesta de enero y las noches
desde que te fuiste.
Este poema, tan largo como la aguja
que clavarán en mi piel cuando despierte
en una clínica
y yo sea mi abuelo.

**Pinte,
coloree,
cambie,
recorte,
haga collage,
deconstruya,
rediseñe,
utilice
cualquier
técnica,
altere,
participe,
usted es
el artista.**



Gustavo Sorzano (Bucaramanga, 1945) es uno de los secretos mejor guardados del arte conceptual en Colombia, en cuya incipiente historia hasta hace muy poco ni siquiera se le mencionaba. Formado en la Universidad Cornell (Nueva York) en los años sesenta, bebió sin mesura del inédito coctel que allí se fraguó entre arte, tecnología, arquitectura, música, experimentación temporal, espacial, mental, plástica. Fue asistente del creador del sintetizador electrónico, Richard Moog, y fue el primero en experimentarlo en el país cuando regresó a finales de los sesenta.

La muestra *Partituras mentales para un paisaje urbano*, que se realizará en la Sala Paul Bardwell del Colombo Americano, se abre ahora como uno de estos nuevos oídos. Más que una exposición de clavo y pared, aspira a ser contagiada de su espíritu desenfadado, sus maneras rebeldes, sus intervenciones, su pasión por el milagro del instante, su curiosidad insaciable por las entrañas insondables de las imágenes, su cacería de lo azaroso, lo irrepetible,

lo que aparece y desaparece. La invitada principal será, por supuesto, Monalisa, no la de Leonardo, sino la gastada y vampirizada por nuestros deseos, ansiedades e intercambios durante los últimos siglos. Ella estará provocando las manos de los grafiteros de la ciudad, los lectores del periódico *Univer-so Centro* y de todos los asistentes a la sala, hasta volverse nuestra Monalisa. Un reconocimiento desde estos tiempos al primero que hizo mucho de lo que ahora todos hacemos. Gustavo Sorzano, el iconoclasta que se ha empeñado en no dejar de serlo.

Sol Astrid Giraldo, curadora.

Exposición Partituras mentales para un paisaje

Gustavo Sorzano
y el arte como participación
Galería de Arte Contemporáneo
Paul Bardwell

Centro Colombo
Americano de Medellín
Mayo 23-Junio 20 de 2025

comfama

Parches CULTURALES

para ti y los tuyos en el centro de Medellín

Disfruta de conciertos, cine, obras de teatro, recorridos,
talleres y clubes de lectura.

Prográmate en comfama.com/agenda

y en  comfamacultura